

COLECCIÓN SEMILLA Y SURCO

SERIE DE CIENCIA POLÍTICA

Este libro, conciso y de fácil lectura, constituye una aproximación a las principales ideologías políticas.

Precisamente el capítulo que sirve de introducción estudia el resurgimiento de la controversia ideológica acaecida en Gran Bretaña

durante los últimos años, y analiza determinados problemas relativos al concepto de ideología.

A continuación, en sendos capítulos se desarrollan, respectivamente, el liberalismo, el conservadurismo, el socialismo, la democracia, el nacionalismo y el fascismo.

Los autores adoptan un enfoque que considera dos vertientes: de una parte, se profundiza en los orígenes y antecedentes históricos de las distintas ideologías y, de otra, se examina el contexto político actual.

De esta forma los estudiosos del tema pueden ponderar tanto la historia como la filosofía de las ideologías políticas, además de su relevancia con respecto a nuestra moderna estructura política.

Robert Eccleshall, Vincent Geoghegan, Richard Jay y Rick Wilford pertenecen al Departamento de Política de la Queen's University de Belfast (Irlanda del Norte).

ROBERT ECCLESHALL
VINCENT GEOGHEGAN
RICHARD JAY
RICK WILFORD

Ideologías políticas

ISBN 84-309-2364-0



tecnos

Diseño de cubierta:
RUCRIS 86

Impresión de cubierta:
Gráficas Molina

Título original:
Political Ideologies. An Introduction.
Originalmente publicado por Unwin Hyman Ltd.
15117 Broadwick Street, London W1V 1FP, UK

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en los artículos 534 bis a) y siguientes del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

© ROBERT ECCLESHALL, VINCENT GEOFFEGAN, RICHARD JAY
y RICK WILFORD, 1984
© EDITORIAL TECNOS, S.A., 1993
Primera Imprenta: Lema, 15 - 28027 Madrid
ISBN 84-309-2364-0
Depósito Legal: M. 25.320-1993

Printed in Spain. Impreso en España por Grafiris, Impresores, S.A., Codorniz, s/n
Polígono Matagallegos, Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	Págs. 11
1. INTRODUCCIÓN: EL MUNDO DE LA IDEOLOGÍA, por Robert Eccleshall.....	13
LAS IDEOLOGÍAS EN LA GRAN BRETAÑA DE HOY	13
<i>Consenso ideológico</i>	14
<i>Resurgimiento ideológico</i>	18
EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA	29
<i>Orígenes del concepto</i>	30
<i>Problemas de análisis</i>	33
«Las palabras no permanecen inmutables».....	36
BIBLIOGRAFÍA	39
2. LIBERALISMO, por Robert Eccleshall	41
PROBLEMAS DE DEFINICIÓN	42
<i>Palabras clave</i>	42
<i>El liberalismo y el mundo moderno</i>	43
<i>La identidad del liberalismo</i>	52
LA HISTORIA DEL LIBERALISMO INGLÉS.....	54
<i>Los fundamentos del liberalismo</i>	54
<i>La economía clásica</i>	57
<i>Reforma administrativa</i>	59
<i>Democracia</i>	62
<i>El nacimiento del Estado del bienestar</i>	65
¿HA FALLADO EL LIBERALISMO?	71
<i>Declive electoral y cambio ideológico</i>	71
<i>El carácter vulnerable del liberalismo</i>	74
BIBLIOGRAFÍA	78
3. CONSERVADURISMO, por Robert Eccleshall	83
PROBLEMAS DE DEFINICIÓN	84
<i>Los conservadores y la tradición</i>	84
<i>Dos modelos de sociedad</i>	88
<i>Conservadurismo libertario</i>	88

<i>Conservadurismo orgánico</i>	90
<i>¿Es incoherente el conservadurismo?</i>	93
LA IDENTIDAD DEL CONSERVADURISMO	94
<i>La sociedad como estructura dominante</i>	94
<i>Una ideología de la clase dominante</i>	97
ESTUDIO DE TRES CASOS	100
<i>Richard Hooker y la poquedad del juicio privado</i>	100
<i>Edmund Burke y el mercado libre</i>	103
<i>W. H. Mallock y la crítica del socialismo</i>	106
CONSERVADURISMO MODERNO	108
<i>Telón de fondo</i>	108
<i>Libertad de mercado</i>	111
<i>El Estado fuerte</i>	113
BIBLIOGRAFÍA	115
4. SOCIALISMO, por Vincent Geoghegan	119
¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?	119
LOS PRECURSORES	123
EL NACIMIENTO DEL SOCIALISMO	131
EL SIGLO XX	140
EL FUTURO	151
BIBLIOGRAFÍA	152
5. DEMOCRACIA, por Richard Jny	155
INTRODUCCIÓN: DEMOCRACIA E IDEOLOGÍA	155
PROBLEMAS QUE PLANTEA LA DEFINICIÓN DE LA DEMOCRACIA	157
<i>Soberanía popular</i>	157
<i>El voto</i>	158
<i>Representación electoral</i>	160
<i>Equidad política</i>	161
<i>Sistema mayoritario</i>	162
LAS RAÍCES DE LA DEMOCRACIA MODERNA	163
<i>El enfoque whig</i>	164
<i>El enfoque radical</i>	166
<i>Socialdemocracia</i>	171
<i>Democracia tory</i>	173
LA DEMOCRACIA A PARTIR DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	174
<i>Competencia entre partidos</i>	176
<i>Pluralismo</i>	178
<i>Democracia coaligada</i>	179
<i>Participación</i>	181

CONCLUSIÓN	183
BIBLIOGRAFÍA	184
6. NACIONALISMO, por Richard Jay	187
INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES EL NACIONALISMO?	187
LAS RAÍCES DEL NACIONALISMO	189
<i>Fundamentos intelectuales del nacionalismo</i>	189
<i>¿Hasta qué punto es problemático el concepto de nacionalismo?</i> ...	190
<i>¿Con qué fines se abraza el nacionalismo?</i>	192
<i>Soberanía popular</i>	192
<i>Contrarrevolución</i>	192
<i>Modernización</i>	193
<i>Cultura</i>	194
EL IMPACTO DEL NACIONALISMO	196
<i>Nacionalismo europeo en el siglo XIX</i>	197
<i>Nacionalismo anticolonial</i>	201
<i>Nacionalismo en las islas Británicas</i>	205
<i>Irlanda</i>	206
<i>Escocia</i>	209
<i>Gales</i>	212
<i>Inglaterra</i>	213
¿EL FINAL DEL NACIONALISMO?	215
BIBLIOGRAFÍA	216
7. FASCISMO, por Rick Wilford	219
INTRODUCCIÓN	219
ORÍGENES Y DERIVACIONES	220
RAZA Y ESTADO	221
IMPERIALISMO NACIONAL	225
ELITISMO Y LIDERAZGO	226
SOCIALISMO NACIONALISTA	228
RESUMEN Y ANÁLISIS PROVISIONALES	233
FASCISMO BRITÁNICO DE ENTREGUERRAS: EL B U F	237
<i>Racismo</i>	238
<i>El Estado corporativo</i>	239
<i>Elitismo y liderazgo</i>	240
EL FASCISMO BRITÁNICO DE HOY: EL FRENTE NACIONAL	243
FASCISMO Y TOTALITARISMO	247
BIBLIOGRAFÍA	249
ÍNDICE DE NOMBRES Y CONCEPTOS POLÍTICOS	251

AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias a John Whyte por leer todo el manuscrito, y a Mick Cox, Graeme Duncan, Tim Gray, Elisabeth Jay, John Le Juen, Con O'Leary, Chris Shorley, Chris Wilford y Frank Wright por su ayuda en los distintos capítulos. Mark Cohen, de Hutchinson, nos ofreció su aportación amistosa y eficaz a lo largo de toda la obra. Asimismo, vaya nuestro agradecimiento para Pauline McElhill, quien mecanografió los sucesivos borradores de una parte del manuscrito sin la menor queja. Y también a Margaret Robinson, quien se ocupó del índice de nombres.

1. INTRODUCCIÓN: EL MUNDO DE LA IDEOLOGÍA

ROBERT ECCLESHALL

A lo largo de la historia, y de forma recurrente, las ideas se han ido despojando de sus ropajes originales para enfrentarse a los sistemas **sociales** que les dieron vida. La causa de dicha secuencia radica en *gran* medida en que el espíritu, el lenguaje y todos los **atributos** del pensamiento exigen necesariamente postulados de **carácter** universal. Incluso las clases **dirigentes**, en su intento de defender a **ultranza** sus intereses particulares, se ven obligadas a recalcar la importancia de las causas universales de índole religiosa, moral y científica. Nace de ello una contradicción entre la ideología y la realidad, contradicción que actúa como acicate en todo progreso histórico, cualquiera que sea su naturaleza.

Max Horkheimer, *Eclipse of Reason* (1947), New York, 1974, p. 178.

Se tensan las palabras,
crujen y se quiebran a veces
por el peso y la tirantez; resbalan,
se desprenden y perecen, se pudren
de imprecisión, abandonan su sitio,
no se quedan quietas.

T. S. Eliot, «Four Quartets», en *Collected Poems 1909-1962*, London, 1963, p. 194. [*Cuatro cuartetos*, 2.ª ed., trad. de E. Pujals Gesalí, Catedra, Madrid, 1990.]

LAS IDEOLOGÍAS EN LA GRAN BRETAÑA DE HOY

Las ideologías comparten dos **características** principales: una representación de la sociedad y un programa político. La imagen ofrece una sociedad inteligible vista desde un ángulo particular. Para ello se acentúan y contrastan distintos aspectos del mundo social a fin de ilustrar cómo actúa la **realidad** en todo su conjunto y también cómo se debería organizar desde un enfoque ideal. La representación social concreta configura el núcleo de todas las ideologías. A partir de ella se **transmite** un programa de acción, a saber: qué recomendaciones han de hacerse para garantizar la debida convergencia **entre** el ideal y la realidad sociales. Las recomendaciones varían de acuerdo con la imagen específica de una sociedad conveniente o adecuadamente organizada. En caso de que la sociedad ideal y la sociedad real se representen de **for-**

ma más o menos armónica, tan sólo habrá que hacer ligeros retoques para preservar, corregir o restablecer el *statu quo*. Por el contrario, cuando el ideal y la realidad se configuran bajo aspectos básicamente incongruentes, las recomendaciones tendrán un carácter más drástico, incluida la cirugía sin paliativos, a fin de reconstruir el orden político. Así pues, la ideología proporciona una perspectiva coherente que permite llegar al conocimiento del mundo social y actuar en consecuencia.

Las ideologías ofrecen interpretaciones conflictivas de la sociedad de modo que, lógicamente, entran en colisión unas con otras al esgrimir en los desacuerdos políticos sus armas intelectuales respectivas, es decir, los argumentos polémicos que entrechocan los contendientes políticos para defender sus principios y la forma de llevarlos a la práctica. Nada tiene de insólito el hecho de contemplar a la sociedad como un campo de batalla continuo entre distintas creencias opuestas. Citando al marxista italiano Antonio Gramsci (1891-1937), las ideologías «crean el terreno donde los hombres actúan, toman conciencia de sí mismos, luchan»¹. De hecho, las distintas ideologías pueden conducir en ocasiones a la lucha armada; por ejemplo, en el Ulster hay gentes dispuestas a matar y a morir en defensa de la sociedad que unos quieren conservar y otros cambiar.

Irlanda del Norte es un caso especial ya que los ciudadanos en general persiguen la victoria de sus ideales sin recurrir a la violencia. No obstante, las sociedades modernas se enardecen en el fragor de la controversia ideológica. En la Gran Bretaña contemporánea abundan y coexisten los ideales más contrapuestos acerca de la organización más adecuada de la sociedad, así como los medios más convenientes para conjugar el ideal con la realidad.

CONSENSO IDEOLÓGICO

No siempre las cosas han discurrido por este cauce. Los lectores británicos de hace veinte años habrían tachado de anacrónico cualquier texto referente a las ideologías políticas: tal vez de interés histórico para aquellos que se ocuparan de las pasadas disputas, pero totalmente fuera de lugar para los estudiosos de la sociedad de entonces. En la Gran Bretaña de posguerra los contendientes políticos transitaban por terrenos ideológicos bastante similares. Desde 1945 hasta finales de los años sesenta el desacuerdo entre los objetivos sociales deseables y las consecuencias de dichas metas era mínimo y pocas eran las personas dispuestas a sumergirse en las aguas procelosas de la es-

¹ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, ed. Quinton Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Lawrence and Wishart, London, 1971, p. 377. (Ed. esp.: *Cuadernos de la cárcel*, Magisterio Español, Madrid, 1978.)

peculación política con vistas a un cambio radical del orden establecido, pues la creencia más generalizada era que el país había resuelto la mayoría de los problemas sociales y morales en que se habían sumido las generaciones anteriores. Todo parecía indicar que la controversia ideológica estaba fuera de lugar.

El consenso de posguerra hundía sus raíces en un liberalismo eufórico, tal como se analiza en el próximo capítulo. Dicho consenso era de carácter liberal por dos motivos: porque John Maynard Keynes y William Beveridge, sus principales artífices, eran ambos liberales y porque en el fondo de su espíritu yacía el deseo de acrecentar la libertad del individuo (uno de los valores primordiales del liberalismo) proporcionando a los ciudadanos los recursos necesarios para atender a sus existencias. El optimismo nacía de la convicción de que la sociedad había progresado hasta tal punto que, por vez primera en la historia, todos y cada uno estaban en condiciones de planificar sus vidas dentro de un clima donde no tenían cabida ni la pobreza ni el desempleo, pues se había descubierto un mecanismo, al menos así se creía, para conseguir la expansión ilimitada de la prosperidad, de la cual todos serían partícipes.

El instrumento que garantizaría la expansión económica y aumentaría las opciones individuales era, ni más ni menos, un Estado omnipotente y benefactor. La teoría económica keynesiana desechaba, por ineficaz y carente de sensibilidad, el capitalismo autorregulador tipo *laissez-faire*, incapaz de mantener el desarrollo y, por tanto, sin fuerza para luchar contra la necesidad y el desempleo. La solución estribaba en una economía mixta en la que el capital privado seguiría controlando los negocios de menor cuantía, pero el Estado asumiría la supervisión global de la economía mediante la nacionalización de las industrias esenciales, si bien menos rentables, a la vez que mantendría las riendas de la dirección de la demanda, la inversión y el empleo en su dimensión más general. Se aseguraba que de todo ello se derivaría un Estado de auge continuado que permitiría financiar el colosal gasto público en salud, educación y servicios sociales. La gestión económica keynesiana generaría así las bases sobre las que edificar el Estado de bienestar que había anticipado William Beveridge. La creencia generalmente aceptada era que todo ello daría como resultado una sociedad más próspera y acompañada: una economía capitalista de rostro humano bajo la égida de un Estado benefactor, donde todos los ciudadanos tuvieran las mismas oportunidades para su realización personal.

Dicho consenso no borraba enteramente las diferencias políticas. Tanto en el Partido Conservador, en su condición de tradicional baluarte del capital privado, como en el Partido Laborista, como portavoz político de la clase irabajadora, subsistían prioridades muy distintas. Los conservadores continuaban ensalzando las ventajas de la empresa privada y abogando por la riqueza que detentaba y de la que

disfrutaba la minoría adinerada. El Partido Laborista defendía la empresa pública y propugnaba una mayor protección estatal para los miembros más vulnerables de la sociedad; pero, en todo caso, ambos partidos venían a converger en un terreno central al compartir la creencia de que la sociedad se hallaba inmersa en una etapa de desarrollo económico, convergencia que, al parecer, simbolizaba un pacto entre el capital y el trabajo, en virtud del cual se renunciaba al antagonismo social que le precediera.

Los conservadores modificaron sus ideales acerca del mercado libre y abrazaron la idea de la economía mixta, aceptando que correspondía al gobierno planificar una política de pleno empleo y salarios más altos y asumir la responsabilidad de un Estado de bienestar general. Por otra parte, el partido laborista se consolidó como partido socialdemócrata, menos interesado en derrocar al capitalismo que en hacerlo operativo para beneficio de todos. Así, por ejemplo, Anthony Crosland, en su prestigiosa obra *El futuro del socialismo* (1956), echa por la borda las consignas de la lucha de clases y la revolución socialista. Crosland señalaba que el capitalismo subsiguiente a la crisis económica había resuelto los problemas de la «pobreza primaria» y el desempleo masivo y, por consiguiente, no había necesidad alguna de erradicar la empresa privada implantando en su lugar la empresa pública. Por el contrario, un gobierno socialista debería utilizar los crecientes recursos de la economía mixta en conseguir una mayor igualdad social. De esta forma se podría alcanzar la meta socialista de una sociedad sin clases, sin necesidad de atacar globalmente al capital privado. Desde dicho supuesto, el socialismo más sensible se acercó al capitalismo reformado, acompasando las acciones políticas; en consecuencia, adquirió «un rostro humano».

La convergencia ideológica favorecía un estilo pragmático de la política en el que apenas cabía un mínimo debate sobre la forma de sociedad más beneficiosa. Las desavenencias políticas se centraban más bien en torno a la cuestión de cuál era el partido político que podía dirigir de la mejor manera posible la economía mixta y el Estado de bienestar, y garantizar con ello niveles de vida más altos. A finales de la década de los cincuenta, el primer ministro Harold Macmillan, conservador, atrajo al electorado con la promesa de un paraíso de carácter consumista. Por otra parte, a principio de los sesenta, Harold Wilson aseguró el triunfo en las elecciones, para el Partido Laborista, basándose en un programa de «modernización» tecnológica encaminado a conseguir una mayor eficacia de la economía mixta de mercado. Los conflictos ideológicos fueron desplazados por el debate sobre la eficacia administrativa de un sistema socioeconómico que no admitía disputa.

Este aparente agotamiento de la controversia ideológica suscitó (los comentarios de tipo académico. Algunos sociólogos y especialistas en

política, en los Estados Unidos sobre todo, proclamaron «el fin de las ideologías» en Gran Bretaña, así como en las sociedades más avanzadas de Occidente². Para tales autores, la ideología era un concepto peyorativo que significaba una forma de política inadecuada y perniciosa porque la gente propagaba sus creencias con fervor doctrinario. El fascismo y el comunismo, que florecieron en el terreno abonado de la recesión económica y del alto nivel de desempleo de entreguerras, se consideraron como manifestaciones gemelas de fervor ideológico. De suerte que, para ellos, la política de carácter ideológico pertenecía a un mundo ya caduco, donde imperaban una perspectiva distorsionada y unas pasiones desfasadas. Pero, ahora, esa etapa tenebrosa pertenecía sólo al recuerdo. La capacidad de la economía capitalista, planificada para generar el desarrollo y el pleno empleo, posibilitaba el **comienzo** de una época esplendorosa en la que florecían la estabilidad política y el declive ideológico. La moderación y tolerancia habían desbancado a los extremismos; la confrontación ideológica se había resuelto en un compromiso pragmático; y el choque entre ideales contradictorios había cedido el paso a una discusión civilizada dentro de un marco consensuado de los principales valores y principios.

Mientras algunos comentaristas detectaban en el mundo de **posguerra** el triunfo de la razón y de la ciencia sobre los dogmas y la superstición, los **críticos** radicales señalaban la presencia omnipresente de una sola ideología. En su opinión, la ausencia de controversia política era un indicio no tanto del fin de las ideologías, cuanto del predominio de una ideología opresora al servicio de los intereses de los grupos sociales dominantes, cuestión que Herbert Marcuse articuló detalladamente en *El hombre unidimensional* (1964), donde acusaba especialmente a los Estados Unidos por su fracaso en propiciar un auténtico debate sobre la forma de organizar la sociedad del modo más **adecuado**³. Según Marcuse, las clases trabajadoras de los países occidentales habían perdido el más mínimo interés por rebelarse contra las estructuras del capitalismo. Perfectamente integradas en la sociedad capitalista y en las comodidades materiales que ésta les proporcionaba, no contemplaban ya ninguna perspectiva de opción socialista: se sentían satisfechas en medio de la abundancia consumista. Pero el capitalismo de los bienes de consumo no era ningún sustituto del socialismo, aunque sí inducía a la gente a contentarse con las falsas necesidades de la codicia, la posesión de bienes y la competencia, ahogando así el **po-**

² Daniel Bell (ed.), *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Free Press, New York, 1962; Mostafa Rejai (ed.), *Decline of Ideology?*, Atherton, New York, 1971; Chaim I. Waxman (ed.), *The End of Ideology Debate*, Funk & Wagnalls, New York, 1968.

³ Herbert Marcuse, *One Dimensional Man*, Abacus, London, 1972. [Ed. esp., *El hombre unidimensional*, 2.ª ed., Ariel, Barcelona, 1987.]

tencial humano para la creatividad y el mutuo enriquecimiento. Sin embargo, el común de las gentes eran olvidadizas en cuanto a la opresión que pendía sobre ellas. Se habían convertido en «robots satisfechos» y consideraban la sociedad actual como la ideal: la única forma posible o deseable de organización social.

En esta sociedad cerrada, donde todo cambio radical quedaba automáticamente excluido de las posibles expectativas, había una sola clase dominante que representaba una ideología tecnocrática: la ideología de la clase dominante porque servía a los intereses de las elites beneficiarias del consumismo; y era una ideología tecnocrática porque fomentaba la creencia de que todas las necesidades humanas podían satisfacerse mediante la aplicación tecnológica de la ciencia para la producción abundante de bienes de consumo. De suerte que la prosperidad posbélica no había acabado con la ideología: únicamente había desaparecido el conflicto ideológico. Lo cierto es que de hecho sólo se contemplaba una única y omnipresente perspectiva ideológica, una **hegemonía ideológica** (utilizaremos el término acuñado por Gramsci y que hoy es de actualidad) según la cual las víctimas de la opresión capitalista comparten con sus opresores un concepto muy parecido.

El cuadro desolado, descrito por Marcuse, de una sociedad unidimensional en la que los grupos dominantes ejercen su autoridad incuestionable, ofrece un agudo contraste con las proclamas optimistas de una nueva era de las luces en la que la armonía social y política sería la nota dominante. Con todo, preciso es decir que estos dos conceptos posbélicos tenían su origen en el enfriamiento de la controversia básica y ambos resultaron ser prematuros en sus conclusiones referentes al acta de defunción del conflicto ideológico, ya que a finales de los años sesenta el consenso alcanzado en las décadas precedentes hacía agua por muchos puntos.

RESURGIMIENTO IDEOLÓGICO

En principio dicho consenso fue contestado en la década de los sesenta por una parte de los principales beneficiarios del desarrollo económico y de las grandes oportunidades en el campo educativo, a saber: los jóvenes *burgueses*. Tanto en los Estados Unidos como en Europa los estudiantes protestaban por la participación norteamericana en la guerra del Vietnam a la vez que buscaban la consecución de una democracia más profunda dentro de las jerarquizadas estructuras universitarias. Estas manifestaciones de rebeldía, de carácter específico, eran sintomáticas de un descontento mucho más extendido con respecto a los valores y expectativas sociales. El consumo de marihuana vino a simbolizar el acceso de los *hippies*, y de la juventud de las clases medias en general, al mundo de la contracultura, es decir, a un

estilo de vida alternativo que tenía su propia moda y su música propia. El resultado fue una revolución de carácter romántico contra los valores pragmáticos y tecnocráticos de la sociedad industrial avanzada. Por vez **primera**, al consumismo se le oponía una imagen de la sociedad frontalmente distinta: el cuadro de una existencia más sensibilizada y gratificante para el ser humano, una sociedad en la cual las gentes podrían desarrollar «al completo» todo el abanico potencial de sus personalidades. Dicho cuadro se inspiraba en una ideología **libertaria**, la «Nueva Izquierda», variante del socialismo.

La nueva izquierda exacerbaba al máximo sus apelaciones en pro de la disidencia contracultural, asegurando que el «Gran Rechazo» potenciaría todas las necesidades humanas que el capitalismo **consumista** había suprimido. Se proclamaba que la juventud se desentendía de aquella sociedad **corrupta** para apuntarse a una existencia liberada que incorporaba valores tales como la espontaneidad y la solidaridad que la cultura imperante había suprimido. Los jóvenes rebeldes volvían la espalda a la abundancia y se mofaban de aquella sociedad y de la imagen de su potencial frustrado; vislumbraban una comunidad socialista dentro de los límites de aquella frágil sociedad. Formaban, pues, una **vanguardia** cuya misión consistía en explorar un territorio social e ideológicamente virgen que algún día ocuparía toda la población.

Durante un breve período de tiempo, concretamente el año 1968, en que el conflicto social llegó a su punto culminante, parecía posible un cambio revolucionario. En los Estados Unidos, y en menor medida en Gran Bretaña, el activismo estudiantil provocó una crisis de autoridad bastante seria, y en Francia originó una huelga general que llevó a la sociedad al borde del colapso. Pero, una vez pasado el momento **crítico**, aquellos jóvenes rebeldes, fruto de la prosperidad, fueron **reabsorbidos** en la cultura que habían rechazado. Con todo, el movimiento de protesta resquebrajó la ideología hegemónica de la sociedad moderna que **Marcuse** había considerado inexpugnable, y su estela habría de traer consigo un renacimiento del debate sobre la naturaleza de la sociedad más conveniente.

Un resultado inmediato y perdurable de la revuelta social de los años sesenta fueron los movimientos para liberar a los **grupos oprimidos** por causa de su **sexualidad**. Los **códigos morales tradicionales** se vieron **socavados** en sus **cimientos** debido al énfasis que la **contracultura** ponía en la **liberación personal**. **Se querían sentar las bases de un espacio cultural** donde las **personas** pudieran ser **auténticas** o, **dicho** con sus palabras, «**obrar** de acuerdo consigo mismas», **libres** de la **coacción** del conformismo social. De modo especial el ataque a las pautas convencionales de la conducta sexual alentó a la gente a explorar las posibilidades de autorrealizarse traspasando los límites de los papeles **sociales** comúnmente aceptados. En este clima de inquietud cultural

las mujeres abandonaron sus fregaderos y los homosexuales sus cubículos y hicieron frente a los estereotipos sexuales.

Los movimientos de liberación de la mujer y de los homosexuales comprendían diversas corrientes ideológicas. No contamos con un análisis riguroso sobre los orígenes sociales de la represión sexual, ni tampoco hay un programa político tendente a lograr su liberación. No obstante, tres son las cuestiones sobre las que parece haber una base de acuerdo: en primer lugar, que la feminidad y la masculinidad no son categorías fijas meramente biológicas, sino conceptos socialmente elaborados que canalizan la conducta humana dentro de ciertas pautas; en segundo lugar, que la regulación social de la sexualidad encierra el secreto de cómo, a una escala más amplia, se preservan las estructuras de poder y las desigualdades capitalistas; y, por fin, que el núcleo familiar constituye el principal agente del control social.

Durante los últimos años, una gran cantidad de publicaciones feministas han investigado la posición subordinada, social y económicamente, de las mujeres como trabajadoras domésticas no pagadas, de las que se espera que se autorrealicen en su función de madres y amas de casa. Desde esta perspectiva, las desigualdades adyacentes, asociadas con la división sexual del trabajo, constituyen un prisma a cuyo través se refractan las relaciones de dominio y subordinación que se encuentran en el conjunto de la sociedad. De hecho, para las feministas más radicales la familia patriarcal es el taller básico de la sociedad moderna, tanto en el sentido ideológico como en el económico; producción masiva de la fuerza laboral y, también, del acatamiento y jerarquía, sin los cuales el capitalismo no podría reproducirse.

Así pues, las mujeres desafiaron la sacralidad del núcleo familiar heterosexual porque les confería a ellas un papel social de segunda categoría. Los homosexuales se rebelaron porque el ideal convencional de la procreación monogámica les marcaba también a ellos con el estigma de su inferioridad. He aquí por qué, al igual que el movimiento feminista, el movimiento gay ha analizado el modo como las desigualdades sexuales nacen de las relaciones jerárquicas habidas en el seno de la sociedad y, a la vez, les sirven de refuerzo. Ambos movimientos, al hacer hincapié en la dimensión política de la conducta personal, constituyen un legado permanente de la protesta radical durante la década de los sesenta. Sus análisis sobre la represión sexual, así como sus ideas sobre una sociedad alternativa, supusieron una aportación muy importante para el renacimiento de la controversia ideológica durante los últimos quince años.

El resurgimiento ideológico nació en parte al amparo de una ola de resentimiento contra la disidencia contracultural. La protesta radical de los años sesenta provocó un retroceso de índole autoritaria derivado de lo que se definió como indisciplina moral y frivolidad hedonista características de la nueva «permisividad». El núcleo ideológico de di-

cho efecto **reactivo** se nutrió de un conjunto de creencias tradicionales: la integridad de la célula familiar y su división del trabajo de acuerdo con el sexo; las antiguas virtudes de los protestantes basadas en el autocontrol, la honradez, la propiedad y la respetabilidad; y la necesidad de que la sociedad toda se **vertebrara** dentro del acatamiento y la disciplina. Esta renovada imagen de una sociedad de «**ley y orden**» se apuntalaba con la exaltación patriótica del estilo de vida que, según se aseguraba con indignación, se hallaba contaminado de una decadencia moral.

Expresión de dicho concepto tradicional ahora revitalizado, de la identidad nacional, fue el nacimiento del fascismo racial. Hacia **1967** la cuestión racial fue el rasgo más destacado de la política británica. Los **británicos** negros fueron una víctima propiciatoria muy útil para calmar los temores de una gentes amenazadas por la nueva situación que se generaba en el clima cambiante del devenir social y la incertidumbre moral, tanto más cuanto que en muchos casos el auge **consumista** no había supuesto para aquellas gentes ninguna mejora material. Los Partidos Laborista y Conservador respondieron al crecimiento de los prejuicios raciales estableciendo controles más estrictos a la inmigración, pero el racismo encubierto de los partidos políticos respetables fue insuficiente para prevenir la aparición, e incluso un cierto éxito, de los grupos declaradamente racistas.

Hacia finales de los **años sesenta** asistimos al **nacimiento** de ciertos colectivos ultraderechistas, como el denominado Frente Nacional, cuyos componentes, como demuestra Rick Wilford en el capítulo sobre el fascismo (cap. 7), perseguían el fomento de una mentalidad de acoso y **derribo** hacia los negros, a los que se presentaba como «**demonios en casa**», cuya presencia en Gran Bretaña ponía en peligro el interés nacional. El Frente Nacional combinaba sus políticas racistas con un programa muy rígido de «**ley y orden**». Consecuentemente, alimentaba e incluso orquestaba el resurgimiento del autoritarismo, al objeto de combatir la permisividad. Este rebrote fascista **confirmaba**, en su vertiente más **perniciosa**, que la época del consenso **ideológico** había llegado a su fin.

El fascismo constituye una forma de nacionalismo violento que se ha infiltrado en el centro geográfico del Reino Unido. De acuerdo con la argumentación de **Richard Jay** en el capítulo sobre el nacionalismo (cap. 6), en la periferia del país han aparecido distintos tipos de nacionalismos. El Movimiento de los Derechos Civiles de Irlanda del Norte se inició en 1969 y tuvo como causa el ya antiguo detonante católico que se remonta a la creación, en 1922, del autonómico Ulster de mayoría protestante, si bien dicho movimiento de los derechos civiles se vio muy pronto desplazado por otros **grupos** que defendían la **integridad territorial** de la isla y que perseguían, a menudo por medios violentos, acabar con la presencia británica en el Ulster.

En la década de los setenta el Reino Unido también acusó el impacto de otros movimientos separatistas de carácter menos turbulento. El hallazgo de petróleo en el mar del Norte reavivó las demandas en favor de una Escocia independiente, económicamente próspera. Por otra parte, los sentimientos nacionalistas de Gales se nutrían del deseo de salvaguardar su genuina tradición lingüística y musical muy diferenciada de la hegemonía cultural inglesa. Y si bien las variadas y renovadas manifestaciones del nacionalismo periférico no consiguieron separarse de Gran Bretaña⁴, lo cierto es que aceleraron la ruptura del consenso ideológico.

La protesta de la izquierda, los movimientos de liberación sexual, la involución autoritaria, el fascismo racial, los nacionalismos periféricos o ~todo ello contribuyó a resquebrajar el ámbito ideológico, sin fisuras aparentes, de la Gran Bretaña de posguerra. Finalmente, el impacto de la recesión económica de principios de los setenta vino a reafirmar su decidida fragmentación. Si bien la mayoría de las sociedades occidentales se ha visto afectada por el colapso de la eclosión producida en la posguerra, su efecto sobre Gran Bretaña fue verdaderamente dramático. El declive industrial, el descenso de los beneficios, el desempleo creciente y el aumento de las tasas de inflación se combinaron para destruir el sueño keynesiano de una economía a la vez estable y en continua expansión. A tal punto ha sido seria la crisis, que casi se ha convertido en un lugar común diagnosticar que la economía británica está en una situación de enfermedad terminal.

La crisis económica ha venido a agravar las tensiones sociales que, a su vez, han tenido su proyección en el ruedo político. De acuerdo con el consenso alcanzado en la posguerra, el capitalismo planificado estaba en condiciones de facilitar a todo el mundo una porción aceptable (si bien desigual), y cada vez mayor, de bienestar económico, o que inducía a creer que todo ello traería como consecuencia el progreso de la justicia social y la resolución de los conflictos. Ahora bien, al detenerse el crecimiento, los grupos sociales reanudaron su forcejeo por obtener una parte de los menguados recursos. Como ha señalado un comentarista, «los límites sociales del desarrollo» intensifican la pugna distributiva, acentúan la importancia de la posición relativa, intensifican la presión en pro de la igualdad económica por parte de los menos favorecidos y endurecen la resistencia a tal igualitarismo por parte de los más pudientes'. El gobierno ha sido el centro de este forcejeo distributivo. En la década de los setenta los gobiernos hubieron

⁴ Tom Nairn. *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*, 2.ª ed., Verso, London. 1981.

⁵ Fred Hirsh, *Social Limits to Growth*, Routledge & Kegan Paul, London. 1978. p. 181.

de hacer frente, por una parte, a la renuencia del capital privado para contribuir a financiar el ingente gasto público en sanidad y otros aspectos de carácter social y, por otra, a la presión salarial de las clases trabajadoras acostumbradas al continuado aumento de su nivel de vida. Tanto el gobierno conservador de Edward Heath como el laborista de James Callaghan fracasaron ante la resistencia contra sus políticas de restricción salarial.

Las tensiones políticas, junto con los límites sociales del desarrollo, han tenido su reflejo en la intensificación del conflicto ideológico. La década de los setenta asistió a la erosión de la extendida creencia de un Estado capitalista benefactor que, mediante una gestión económica eficaz y una inversión pública generosa, podía hacer llegar a todo el mundo bienes y servicios gratificantes. La crisis económica ocasionó la desviación del terreno central alcanzado, ya que los dos partidos políticos más importantes perseguían alternativas distintas a la evidente quiebra de las políticas de posguerra. El resultado ha sido un grado de politización que echa por tierra las ya antiguas predicciones referidas al «fin de las ideologías»

La respuesta del Partido Conservador al colapso económico y a la agudización del conflicto social ha sido la de resucitar el ideal capitalista del mercado libre. En su opinión, la expansión de posguerra de la economía mixta y el Estado de bienestar inclinó **peligrosamente** la balanza a favor del sector público, en detrimento del sector privado, y de aquí la desastrosa trayectoria de la economía británica ya que una penetración política de tales proporciones en los terrenos social y económico sofocó el espíritu de la empresa privada que constituye el fundamento de la dinámica del desarrollo. La solución estriba en minimizar la intervención gubernativa en la economía y en la sociedad, permitiendo así que se liberen las fuerzas del mercado mediante la **«desnacionalización»** o **«privatización»** de las empresas públicas; la retirada del apoyo financiero a las empresas privadas deficitarias; el descenso de la carga impositiva; la reducción del gasto público en sanidad y demás servicios sociales; y una legislación que permita debilitar a los sindicatos, de forma que las leyes mercantiles de la oferta y la demanda sean las que determinen los salarios y metan en cintura a los trabajadores. Sólo así, se aseguraba, iniciaría Gran Bretaña el tirón de la recuperación económica, al emprender la nación entera una renovada trayectoria de confianza en sí misma, en el individuo y en la iniciativa empresarial.

El gobierno conservador de Heath adoptó a principios de 1970 el conservadurismo de libre mercado para abandonarlo poco después en su famoso giro «en U»; las llamadas políticas **«Selsdon»** de este período fueron el preludio de un bandazo a la derecha, más vigoroso y firme una vez que Margaret Thatcher fue elegida presidenta del Partido Conservador en 1975. Los conservadores iniciaron entonces el asalto

al consenso de posguerra. En su opinión, la planificación económica y el bienestar social a gran escala habían originado una pesadilla colectivista de regimentación burocrática y paternalismo perniciosos. Los anteriores gobiernos, tanto conservadores como laboristas, habían sufrido las consecuencias de su subrepticio apoyo a las políticas «socialistas» (esto es, intervencionistas) a expensas de la libertad del individuo. Como decía la Sra. Thatcher en 1983, al pedirle que hiciera un comentario sobre el éxito de su manifiesto electoral, formulado cuatro años antes:

Ofrecimos un cambio de dirección total de un Estado que dominaba por entero la vida de los ciudadanos y estaba presente en casi todos los aspectos de su existencia — a una forma de gobierno en la que el Estado intervendría sin duda en algunos asuntos, pero no eliminaría la responsabilidad personal.

Parafraseando esta declaración, aunque con menor vehemencia, el rechazo al ((omnipresente dominio socialista)) significa el abandono, por parte de los conservadores, de los compromisos alcanzados en los sucesivos gobiernos de posguerra para planificar e invertir fondos con vistas a conseguir el pleno empleo, la justicia social y, dentro de ciertos límites, la igualdad. Se «liberaba» a la gente para que: se uniera a una carrera competitiva cuyos recursos son limitados y en la que los ganadores consiguen sustanciosas recompensas, pero los perdedores tan sólo unos pocos premios de consolación.

El moderno ideal conservador de un gobierno minimalista no supuso, desde luego, dejar vía libre a la indisciplina social. Lo cierto es que, como puede leerse en el capítulo sobre el conservadurismo (cap. 3), los conservadores combinan sus políticas económicas del *laissez-faire* con un riguroso programa de «ley y orden». Han reunido los valores tradicionales de autocontrol, vida familiar, atención social y patriotismo en el seno de la imagen de una nación amenazada por la dejadez interna y la agresión exterior. En tal sentido, el thatcherismo constituye el rebrote de la reacción autoritaria contra la permisividad de la cual, aunque en menor grado, también se nutrió el fascismo.

El thatcherismo ha incidido sobre el panorama ideológico de la sociedad británica con mayor fuerza que ningún otro planteamiento desde la ruptura del consenso. La «Nueva Derecha» ha obtenido un éxito extraordinario en su cometido de llenar el vacío causado por el desencanto ante el planteamiento imperante después de la guerra. Su doctrina de un capitalismo redimido, conjugado con un autoritarismo social, ha convencido a amplios segmentos de la población, tanto de la opinión pública como del mundo intelectual; ha cautivado el alma de los tories, y sus prosélitos abundan en las universidades, en la prensa y por doquier. Todo apunta a que será la ideología dominante o hegemónica de la Gran Bretaña actual en un futuro predecible.

Por contra, la adaptación ideológica del Partido Laborista a la situación de estancamiento económico ha sido más traumática. Como quiera que en el mismo ha tenido cabida una amplia diversidad de tendencias, ha pendido siempre de una difícil coexistencia entre los keynesianos y los socialistas auténticos: entre los pragmáticos que persiguen la vía gradual hacia una sociedad más humana mediante la gestión parcial de la economía capitalista, y los fundamentalistas que ven en la economía mixta de mercado un obstáculo para la «marcha hacia adelante») del socialismo y que, en consecuencia, desean mantener «las altas cúpulas de la economía» lejos del control del capital privado⁶. En el pasado dichas corrientes se hallaban encubiertas por una fachada unitaria, aunque en la práctica prevalecía la sección parlamentaria del partido, predominantemente perteneciente al ala derecha.

Sin embargo, con la llegada de la crisis económica las tensiones estallaron en una guerra intrapartidista. Los gobiernos de Wilson y Callaghan de 1974-1979 fueron elegidos sobre la base de un manifiesto relativamente radical que prometió un mayor control político de la economía, pero, al tener que enfrentarse a la resistencia del capital privado y al aumento de la inflación, el gobierno abandonó su política de izquierda adoptando algunas medidas que más tarde haría suyas el gobierno de Thatcher: recortes en el gasto público y un control más estricto de la oferta monetaria, lo cual fue un acicate para que la izquierda, furiosa por un sentimiento de haber sido traicionada, exigiera una solución auténticamente socialista para la recesión capitalista. Su postura se vio robustecida por la derrota electoral de 1979, derrota a la que siguieron varios años de amargas disensiones y fraccionalismos. De esta guerra civil, la izquierda salió mayoritariamente victoriosa y, en consecuencia, el Partido Laborista está hoy mucho mejor pertrechado para contender en el tormentoso clima ideológico de la Gran Bretaña actual.

La meta de los conservadores, partidarios del mercado libre, ha sido la de liberar al capital privado del control estatal. Por el contrario, para la izquierda socialista la regeneración económica exige incrementar la empresa y el gasto públicos. Su «estrategia económica alternativa» persigue inclinar la balanza del poder y la riqueza a favor de la gente común y en detrimento del capital privado, lo cual supone la supervisión directa y generalizada de la economía: ostentando, por ejemplo, la propiedad pública de determinadas grandes empresas, aumentando el gasto público y controlando el comercio exterior y el movimiento de capitales. El núcleo de esta estrategia es la toma de conciencia de que Gran Bretaña no puede asumir la reconstrucción social

⁶ Martin Jacques y Francis Mulhern (eds.), *The Forward March of Labour Halted?*, Verso, London, 1981.

mientras permanezca encerrada dentro de la economía y las políticas extranjeras del capital internacional. De aquí que, por ejemplo, mantenga su determinación de retirarse de la CEE e instrumentar una política unilateral de desarme nuclear.

Pero el Partido Laborista es sensible a la crítica de que una economía dirigida genera una forma de centralismo lejano y burocrático, es decir, una sociedad donde las personas tienen escaso control sobre las decisiones que afectan a su vida diaria. De aquí que, al igual que el Partido Conservador, ha renegado del planteamiento posbélico a causa del desgaste habido en la responsabilidad personal. La solución de la izquierda consiste en combinar la planificación económica con una mayor capacidad de rendimiento tanto por parte del gobierno como de la industria, aspecto éste que Vincent Geoghegan ilustra en el capítulo sobre el socialismo (cap. 4). Tony Benn se ha destacado como el principal adalid del socialismo democrático. Benn ha encabezado todas las iniciativas parlamentarias para conseguir que el Partido Laborista se haga eco de las aspiraciones del hombre común. Asimismo, ha articulado la idea de una forma de socialismo descentralizado y participativo según la cual todas las instituciones del Estado —policía, judicatura, servicio civil y el propio parlamento estarían abiertos a un mayor control y supervisión públicos. Una sociedad de tal naturaleza comportaría igualmente un sistema de democracia industrial en el que los trabajadores participarían en las decisiones que hoy toman los propietarios y gerentes del capital privado. La meta es extender la autoridad a la sociedad toda, ya que, se aduce, sin la participación popular la planificación socialista sena incapaz de liberar el potencial de los individuos para conseguir tanto la autorrealización plena como la cooperación mutua.

El socialismo de Benn no difiere demasiado de la Nueva Izquierda libertaria, aquella ideología que configuró la protesta radical de los años sesenta, pero sus raíces culturales, como Benn reconoce, se hunden en la Revolución inglesa del siglo XVII, cuando, tras la guerra civil, surgieron grupos deseosos de hacer llegar el poder político y las libertades civiles al común de las gentes. El legado que dejaron a las generaciones futuras fue el ideal de un orden político más responsable y descentralizado: una comunidad en la que sus miembros pudieran dirigir sus propios intereses y participar plenamente en los asuntos públicos. Dicho ideal, como muestra el capítulo sobre el liberalismo (cap. 2), ha inspirado muchos de los movimientos liberales y también laboristas, y durante tres siglos ha constituido el germen disidente de muchos grupos opuestos a la ideología dominante en ese tiempo, por lo general autoritaria.

La izquierda moderna es heredera de esta tradición radical-liberal/socialista discrepante del tipo de sociedad que propugnaban sus grupos dirigentes. Es muy improbable que su postura social alter-

nativa desbanque al conservadurismo de mercado libre de su posición ideológica predominante en la Gran Bretaña actual. Sin embargo, la izquierda socialista es hoy más fuerte que en el pasado y su idea de lo que es una sociedad es lo bastante popular como para impedir el regreso al consenso ideológico, cuando menos en una futura previsible.

No todos han abandonado el terreno ideológico del centro. Los disidentes conservadores que no participan de la ideología del mercado libre se han agrupado en torno al lema a n a nación» que, como se describe en el capítulo sobre el conservadurismo (cap. 3), fue acuñada por Benjamin Disraeli, que fuera primer ministro del **partido tory** en el siglo XIX, a partir de los flecos sueltos de una **doctrina** anterior: el paternalismo benefactor, es decir, la creencia de que las clases **privilegiadas** deberían proteger a los menos pudientes. Esta tradición del partido «Gran Tory» tiene hoy día sus representantes en el ala del Partido Conservador asociada con los grandes terratenientes: sir Ian Gilmour, Francis Pinn y otros «**patricios**». Los **tories** de «una nación» normalmente alaban la resolución posbélica como vía media entre el capitalismo del *laissez-faire* y el socialismo revolucionario, y arguyen que el capitalismo planificado incorpora el altruismo tradicional de los **tories** ya que contribuye a paliar la pobreza y el desempleo.

Desde su punto de vista, la «Nueva Derecha» ha roto con el espíritu del auténtico conservadurismo: su reivindicación del capitalismo sin cortapisas supone poco menos que levantar la veda para que los ricos despojen a los pobres. Especialmente para Gilmour, el Partido Conservador ha sido copado por los extremistas que se apresuran a alcanzar su utopía de la empresa privada sin tener en cuenta la devastadora secuela del desempleo masivo. Para estos conservadores la solución consiste en erradicar el fervor ideológico en pro de un centro **pragmático** compuesto de políticas sensitivas y acompañadas.

Pero son pocos los síntomas de que la «Derecha Interna» llegue a reconquistar el alma del Partido Conservador⁷. El «gran torismo», aun contando con aliados como el antiguo primer ministro, Edward Heath, es sólo una fracción del conservadurismo moderno. Su **pervivencia**, a pesar de su poco peso, es, no obstante, un signo de la **nostalgia** que sienten algunos conservadores por la época del consenso ideológico.

Por el contrario, dentro del Partido Laborista los keynesianos impenitentes se han sometido de forma mucho más reticente: algunos de ellos, descontentos con la tendencia izquierdista, se separaron del partido en 1981 y formaron el Partido Socialdemócrata. Los socialdemócratas, en equipo con el Partido Liberal, han tratado de ocupar el hueco del centro con un estilo de política pragmática del que se supone

⁷ Ian Gilmour, *Inside Right: A Study of Conservatism*, Quartet, London, 1978; Gilmour, *Britain Can Work*, Martin Robertson, Oxford, 1983.

que «rompe el molde» del sectarismo ideológico. Muchos de sus planteamientos políticos se asemejan a los que perseguían los gobiernos conservadores y laboristas hasta principios de los años setenta: un cierto grado de planificación económica, gasto público moderado y una política tributaria. A todo lo cual hay que añadir un compromiso fervoroso hacia la CEE y la representación proporcional, sus propuestas (comunes con las de la derecha tory) para socavar el poder organizado de los sindicatos, y planes (compartidos por la izquierda laborista) para conseguir una democracia más participativa en la que la toma de decisiones la compartan el gobierno y la industria.

Se ofrece, pues, una «copa de helado» política de todos los gustos: «una política para [todo] el pueblo» encaminada a unir a la nación en un Festín de reconciliación ideológica⁸. La asociación PSP/Liberal ha obtenido algunos éxitos electorales notables, pero, al igual que los primeros socialistas, están abocados a pagar un alto precio por el renacimiento de la política de consenso. Acuciados por presentar una imagen desinteresada y no clasista, han abandonado prácticamente cualquier compromiso para redistribuir la riqueza de modo más igualitario, lo cual probablemente socavará el objetivo principal del grupo en el sentido de desbancar al Partido Laborista. Los dos partidos principales reflejan, si bien de forma inadecuada, un antagonismo básico entre el capital y el trabajo, y, mientras persistan las divisiones clasistas, lo más probable es que Gran Bretaña se incline a mantener un sistema bipartidista que, en cierta medida, representa y expresa ideológicamente los intereses divergentes que se dan en el seno de una sociedad numerosa.

Vivimos en una época de desavenencias ideológicas. Estamos ante una controversia extensa y apasionada sobre la naturaleza de lo que debe ser una sociedad sana. Ello exige algo más que posturas retóricas por parte de las personas cuyo interés profesional es fomentar el antagonismo. Anthony Trollope, en su novela *Phineas Redux* (1874), recoge una cínica observación acerca del parlamento británico del siglo XIX, al detectar una correlación inversa ante la vociferante argumentación política y su disconformidad en cuanto a los principios:

El hombre cuyo destino sea sentarse de forma bien visible en el Banco del Tesoro, o en el asiento que queda frente al mismo, debería pedir a los dioses, como primera providencia, que le dotaran de una piel de elefante, puesto que en nuestra Asamblea Nacional se hace más necesaria que en ninguna otra parte del mundo, dado que las diferencias entre los distintos oponentes son mínimas. Cuando dos adversarios coinciden en la misma Cámara, y uno de ellos defiende el gobierno **personalista** de un solo dirigente y el otro esa modalidad de gobierno que ha dado en denominarse República Roja, ambos recurrirán, a no dudarlo, a innumerables y **ampulosas** fintas de

⁸ Shirley Williams, *Politics is for* People, Penguin, Harmondsworth, 1981.

índole oratoria, pero se trata de estocadas que jamás causan ninguna herida. Tal vez se rajen mutuamente la garganta, si es que encuentran la ocasión, pero no se muerden como perros que luchan por un hueso. Ahora bien, cuando los adversarios están casi de acuerdo, como suele ocurrir con nuestros gladiadores parlamentarios, están incluso al acecho para **infringir** heridas ligeramente molestas por entre las costuras de sus meses. Cuando se busca la divergencia precisa para originar un debate, ¿qué otra cosa nos importa como no sea el orgullo y la habilidad personal en el encuentro? ¿Quién de nosotros quiere derribar a la reina, o recusar la Deuda Nacional, o echar abajo las creencias religiosas, o, ni siquiera, trastocar las categorías sociales? En el caso de que una mínima medida reformista haya sido necesaria y extensamente recomendada al país por su propia naturaleza —tan extensamente que todos los ciudadanos sepan que pueden contar con ella—, el interrogante que se plantea es si los detalles deben correr a cargo del partido que se autodenomina liberal o del partido que conocemos como Conservador. Los parlamentarios están tan próximos unos a otros en lo que respecta a sus convicciones y teorías sobre la vida, que nada les resta como no sea su propia competencia personal para hacer lo que debe hacerse⁹.

Claro está que los políticos se disculpan con una salmodia **retórica** que exagera sus diferencias. Pero, si el retrato que hiciera Trollope en 1874 era una representación muy acertada de la homogeneidad ideológica de aquella época, ya no es válido para describir la situación ideológica de la Gran Bretaña de hoy en día.

La actualidad ofrece un debate muy vivo sobre los valores políticos que tienen su **origen** en el parlamento y alcanzan a la sociedad toda, debate que se centra en el papel que corresponde al Estado en la sociedad moderna y, por supuesto, en la **naturaleza** de la propia democracia. La mayoría de los protagonistas dice ofrecer soluciones que supondrían la instauración de una democracia mejor, más aún, una transformación radical de la misma. El **significado** del término «democracia» forma parte del debate, y sin duda conviene que un libro que trata de las ideologías políticas incluya un capítulo que considere las distintas interpretaciones, a veces contradictorias, de un concepto tan ambiguo.

EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA

Hasta aquí me he apoyado en el contexto **específico** de la Gran Bretaña actual para **transmitir** la esencia de la controversia ideológica. A primera vista, la ideología no parece un concepto complicado. La gente se apoya e inspira en creencias e ideales, y en su búsqueda de los diversos objetivos sociales necesita **sentirse** a gusto **dentro** de su mundo, **actuar** libremente sin ningún tipo de mala conciencia, y precisa **dar** sentido a la realidad de cada día y también revestir **sus** intereses y as-

⁹ Anthony Trollope, *Phineas Redux*, Panther, St. Albans, 1974, p. 276-277.

piraciones con la distinción de los principios morales. Los poderosos **tienen** que estar ellos mismos seguros y, a la vez, convencer a los demás de la rectitud de su **poderío**: de que este poder lo ostentan en beneficio del bien común y no para su propio interés. En la otra orilla, es preciso que los pobres crean que no les explotan, o que, en caso de que alimenten algún agravio o un deseo de cambio político, les asiste el derecho a ello. La ideología constituye el ruedo donde la gente pone en claro y justifica sus acciones cuando persiguen intereses divergentes.

De hecho, el concepto ha dado origen a un abundante número de textos académicos, muy contenciosos¹ con frecuencia inextricables: colosales recipientes repletos de un líquido muy denso y teóricamente opaco. Para muchos comentaristas, el propio concepto equivale a una patente para formar parte de un engranaje que a todas luces parece un galimatías para quien no esté iniciado en el tema. Pongamos un ejemplo:

Una ideología la integran un grupo de creencias e incredulidades (rechazos) expresadas en forma de juicios de valor, frases apelativas y sentencias aclaratorias. Tales declaraciones se refieren a normas morales y técnicas y se relacionan con los comentarios descriptivos y analíticos del hecho con el que están concertadas, y, todas juntas, se interpretan como una doctrina que sustenta la impronta de las prescripciones basadas en un fundamento central y moral. Una doctrina, o su equivalente, una ideología, presenta un conjunto de opiniones no totalmente coherentes entre sí, ni enteramente verificadas ni verificables, pero tampoco nítidamente distorsionadas. Dichas opiniones se refieren a distintas modalidades de las relaciones humanas y las organizaciones sociopolíticas, tal como podrían y deberían ser, y, desde esta perspectiva, aluden al orden existente, y viceversa. Las ideologías concurren con algunas otras opiniones de base moral y fáctica y, por tanto, dan testimonio del pluralismo ideológico sin perder por ello su carácter diferencial".

En vez de conducir al desglose de un significado que es en sí mismo evidente, la ideología ha planteado a los filósofos y sociólogos más problemas analíticos que, prácticamente, cualquier otro concepto.

ORÍGENES DEL CONCEPTO

Desde que se acuñó el término, hace dos siglos, la ideología ha sido un concepto ambiguo y continuamente impugnado. Tanto el término como el número de las ideologías concretas que se estudian en los siguientes capítulos nacieron durante el período de la revuelta europea que culminó en la Revolución francesa y fue fruto del optimismo de la

¹⁰ Martin Seliger, *Ideology and Politics*, George Allen & Unwin, London, 1976, pp. 119-120.

Ilustración que floreció por aquella época, es decir, la convicción generalizada de que mediante la aplicación del conocimiento científico se podría reconstruir la sociedad de un modo racional. Dicho conocimiento se identificó con el término «ideología». Sin embargo, al cabo de pocas décadas, el concepto había asumido un significado opuesto al que le dio origen, ya que pasó a denotar conocimiento erróneo, es decir, lo contrario a la verdad científica.

Para Antoine Destutt de Tracy (1754-1836), el filósofo francés que inventó el vocablo en 1796, ideología designaba una nueva ciencia de las ideas: una forma de conocimiento enciclopédico y digno de crédito. De Tracy pretendía que dicho conocimiento, **expurgado** de los prejuicios y supersticiones del Ancien Régime apuntalara la civilización de la Francia posrevolucionaria. La ideología llegaría a constituir el venero de las políticas de la Ilustración y habría de generar, además, las virtudes cívicas de las que dependía la estabilidad política. En su concepción original, por consiguiente, la ideología enaltecía una forma de conocimiento superior y socialmente útil. En consecuencia, poseía la impronta del liberalismo progresista que prosperó en dicho período.

Pero pronto el término adquirió un significado despectivo. Napoleón vilipendió a los seguidores de De Tracy, con quien en un tiempo estuvo asociado, llamándoles «ideólogos», esto es, dogmáticos cuyas extravagantes especulaciones estaban divorciadas de las prácticas políticas. En tal sentido, Napoleón fue precursor de los que, en los años cincuenta, celebraban el «fin de la ideología», preconizaban el pragmatismo y denostaban el fervor doctrinario. A los pocos años de su nacimiento como concepto positivo, la ideología había caído en el descrédito, pasando a significar una perspectiva parcial y desfigurada del mundo social, el cual únicamente podría **corregirse** aplicando el realismo político.

Lo que De Tracy quena dar a entender por ideología era una forma desinteresada de conocimiento que producía numerosos logros sociales. Su utilización, por consiguiente, incorporaba la fe que la Ilustración tenía en la capacidad de la razón para configurar a la sociedad en beneficio del bien común. Karl Marx se burló del optimismo liberal de la Ilustración y consiguió, más que ningún otro pensador, desgajar el término «ideología» de su significado original. Según la argumentación de Marx, una sociedad dividida en clases no se sustentaba en el pensamiento imparcial que salvaguardaría el interés público. Por el contrario, las ideas estaban afmcadas en las prácticas antagónicas que reducían la sociedad a un campo de batalla de intereses **irreconciliables**. Las creencias ideológicas eran esencialmente partidistas: constituían el reflejo de los intereses y aspiraciones particulares propios de la lucha de clases.

Marx se interesó primordialmente por explicar el papel que correspondía a la ideología en la perduración de las desigualdades sociales. Las ideas no sólo procedían de prácticas sociales antagónicas, sino que contribuían a reproducirlas. La ideología era un acólito servil de los intereses de los grupos dominantes que controlaban la propagación del conocimiento social. Su función consistía en amparar la forma de producción existente y sus relaciones de dominio y subordinación. Tanto es así, que en la famosa declaración de Marx y Engels contenida en *La ideología alemana* (1846) se dice:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad, es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ellos, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas".

Esta ideología dominante operaba valiéndose del engaño: se desvirtuaban las características de la sociedad ofreciendo el cuadro falaz de un orden político armonioso y justo.

Si bien Marx expuso diversos ejemplos de cómo conseguía imponerse la ideología de la clase dominante, dijo también muchas cosas acerca de la función de la economía. Para Marx, los economistas eran agentes importantes de la ideología dominante. Los economistas burgueses, entre los cuales Marx comprendía a De Tracy, pintaban al capitalista y al obrero como socios formalmente libres y equiparables que compartían un proceso natural de intercambio. De suerte que las leyes económicas parecían ser tan inmutables como la; de la gravedad: un inexorable orden económico que no podía alterarse por vía de la acción política, al objeto de crear una distribución más igualitaria de la riqueza social. En consecuencia, la forma de producción capitalista, explotadora y con raíces históricas, se representaba erróneamente como una estructura de relaciones sociales intemporal y mutuamente beneficiosa. La economía burguesa, debido al sistemático rigor de los que la practicaban, no era otra cosa que una ideología camuflada como ciencia. Enmascaraba los conflictos sociales en beneficio de los intereses dominantes, facilitando así la aceptación general de las polí-

¹¹ Karl Marx y Frederick Engels, *The German Ideology: Part One*, ed. C. J. Arthur, Lawrence and Wishart, London, 1974, p. 64. [Ed. esp., *La ideología alemana*, trad. de W. Roces, 4.ª ed., Pueblos Unidos/Grijalbo, Montevideo/Barcelona, 1972, pp. 51-52.]

ticas clasistas, y, por tanto, era una manifestación típica de la ideología de la clase dominante, una forma parcial de conocimiento que contemplaba el mundo social a través de las lentes desenfocadas del poder y la riqueza.

La influencia de Marx sobre la secuencia histórica del concepto fue definitiva. Después de él pocos pensadores definieron la ideología como una verdad científica o universal. Su criterio sobre las ideas que están enraizadas en los intereses particulares, y son por tanto partidistas, se evidencia en el significado que hoy tiene normalmente el término «ideología»: el conjunto de creencias que van asociadas a un grupo o clase social determinados. Pero Marx planteó más cuestiones de las que resolvió y, a pesar de su agudeza de pensamiento, el concepto sigue siendo controvertido.

PROBLEMAS DE ANÁLISIS

El accidentado curso del concepto se refleja en los problemas analíticos que hoy preocupan a los filósofos y sociólogos que disertan sobre la ideología. Buena parte de este análisis es un extenso comentario sobre Marx y suele centrarse en tres campos: el *status epistemológico* de las ideologías; su *dimensión sociológica*, y su *aspecto proselitista*.

El *status epistemológico* de las ideologías concierne a su utilidad como conocimiento de la sociedad. Cualquier ideología ofrece una perspectiva del mundo social coherente pero partidista: coherente porque reúne sus características en un cuadro de conjunto, y partidista porque el todo se contempla desde una posición aventajada, que con frecuencia corresponde a los intereses de un grupo o clase social determinados. Por consiguiente, y a diferencia de un mapa topográfico, la precisión de una carta ideológica del tejido social no puede ser comprobada con los métodos normales de la investigación empírica. ¿Cómo podríamos determinar, por ejemplo, si la descripción que la derecha tory hace de la Gran Bretaña actual, como una sociedad infestada por la burocracia estatal, es más correcta que el retrato que expresa el Partido Laborista de una sociedad expuesta a la explotación del capital privado? La sociedad es el palenque donde contienden las distintas ideologías, cada una con una distinta interpretación del conjunto. ¿Dónde está, pues, la verdad o validez de cada ideología?

Los comentaristas han especulado largo y tendido sobre el *status epistemológico* de las ideologías. ¿Puede determinarse la relativa veracidad de su contenido mediante una pesquisa racional? ¿Es posible clasificar las ideologías según una escala ascendente de falsedad situando, digamos, al fascismo en la cima, como seguramente la mayoría de nosotros preferimos? ¿O son las ideologías igualmente inútiles porque todas distorsionan la realidad social al enfocarla desde un pun-

to de vista determinado? ¿Es el conocimiento ideológico una forma de conocimiento insano y vergonzante: un conocimiento patológico o falso que es antitético con el verdadero conocimiento que representan la ciencia y la filosofía? ¿O será que la ciencia y la filosofía están a su vez saturadas de presupuestos ideológicos que modelan las investigaciones y sesgan las conclusiones de sus profesionales? Y, en tal caso, ¿es totalmente preciso, objetivo o imparcial el conocimiento social a que se llega? Cada una de estas preguntas ha suscitado numerosas respuestas.

La dimensión sociológica de las ideologías versa sobre su conexión con los procesos sociales. Las descripciones que se hacen de la sociedad no gozan de una existencia estática e intemporal, no caen como llovidas del cielo y ya totalmente articuladas. Las ideologías surgen y se desarrollan a partir de unas circunstancias sociales concretas, y no fluyen a lo largo de la historia sin que les salpiquen los sucesos y antagonismos sociales en que se imbricaron. Así pues, el devenir de cada ideología es también el devenir de las prácticas sociales en cuyo seno nace y se desenvuelve.

Pero ¿cuál es la relación exacta entre las ideologías y las prácticas sociales sobre las que se fundamentan? ¿Están determinadas las creencias ideológicas por los conflictos sociales que surgen al perseguir intereses divergentes? ¿Se limitan a reflejar, simple y mecánicamente, las hostilidades entre las clases sociales que compiten por obtener los reducidos recursos económicos? ¿Son sólo el mero reflejo pasivo del incesante forcejeo entre las clases dominantes y las sometidas? Si tal fuera cierto, es difícil explicar por qué los miembros de una clase social dada apoyan muchas veces a ideologías distintas. Igualmente desconcertante resulta la capacidad de subversión que tienen las ideologías: el hecho que señaló Max Horkheimer, y que se cita al inicio de este capítulo, de que «a lo largo de la historia, y de forma recurrente, las ideas se han ido despojando de sus ropajes originales para enfrentarse a los sistemas sociales que les dieron vida».

¿Significa esto que las ideologías gozan de una relativa autonomía que les confiere un papel activo en el proceso histórico? ¿Se desentienden de las circunstancias sociales que les «abrieron el camino» para influir en la conducta humana y así configurar el curso de la historia? Y, si esto es así, ¿están las ideologías y las prácticas sociales hasta tal punto entrelazadas que es imposible reducirlas a una simple relación de causa y efecto? Una vez más, todas estas preguntas suscitan diversas respuestas.

El aspecto proselitista de las ideologías se refiere a su capacidad para captar adeptos. Para promocionar sus intereses, un grupo social tiene que buscar aliados entre las personas ajenas al mismo. Los que están comprometidos ideológicamente han de persuadir a los demás para que contemplen el mundo social a través de su propio prisma de

creencias y presupuestos. La sociedad constituye un palenque donde las ideologías compiten por conseguir la lealtad de sus miembros, y el éxito de cada ideología depende de su capacidad de proselitismo.

¿Cuál, pues, es la base del llamamiento apostólico de una ideología? En este caso, el análisis se centra en las ideologías que defienden el ascenso de las elites establecidas. Podría parecer que la ideología de una clase dominante está en seria desventaja para conseguir la simpatía de intelectuales y políticos: sus partidarios naturales son los miembros privilegiados de la sociedad que forman una minoría dentro del todo; de modo que, faltos del apoyo general, los grupos sociales dominantes tendrán que depender exclusivamente de la coacción para salvaguardar la estructura de poder existente. De hecho, las ideologías dominantes convencer a menudo a los más desprotegidos de que la actual distribución del poder y la riqueza es justa y mutuamente conveniente. A veces han de recabar tal cantidad de apoyo, que la sociedad parece, en palabras de Marcuse, un sistema unidimensional y cerrado donde las elites ejercen su indisputable autoridad.

¿Cómo se las arreglan las ideologías dominantes para producir lo que Gramsci denominó el «cemento» de la cohesión social? ¿Es porque, como Marx y Engels parecen indicar, las elites controlan las instituciones culturales, como puedan ser la educación y los medios de comunicación, a través de los cuales se moldea la opinión popular? ¿Significa esto que los grupos sociales dominantes pueden imponer sus creencias a las masas desprotegidas? En consecuencia, ¿a los grupos sojuzgados se les engaña, se les manipula, se les lava el cerebro? Si ésta es la única base de la integración política, es difícil explicar por qué las sociedades suelen ser tan resistentes a los cambios radicales, pues, a lo que parece, las contradicciones del capitalismo todavía no están a punto de estallar e irrumpir dentro de los rosales del socialismo igualitario. Y es que ¿acaso las mentes de los seres humanos no son otra cosa que receptáculos pasivos listos para llenarlos con la complicidad engañosa de las ideas de las clases dominantes? En realidad, ¿es tan estúpida la gente normal?

¿O bien las opiniones de las clases dominantes son eficaces porque se corresponden con las prácticas sociales? La ideología de la clase dominante, a diferencia de la de sus oponentes, defiende la **distribución** del poder y la riqueza hoy vigentes y pone de **manifiesto** que su ideal social es el de los acuerdos actuales. ¿Acaso todo esto le faculta para nutrirse de las percepciones que nacen de la experiencia **diaria** y a la vez moldearlas? Cabe la posibilidad de que las personas que normalmente están habituadas a las desigualdades sociales estén predispuestas a creer que la actual **estructura** del poder es natural e inmutable. En consecuencia, una ideología socialista como la de **Benn**, que exige la transformación **igualitaria** de la sociedad, puede parecerles maligna y extravagante, mientras que la ideología conservadora de li-

hrc mercado que defiende las desigualdades sociales y presenta a la riqueza como guardiana del interés público puede parecerles sensitiva y realista. De aquí que, lejos de estar en desventaja, la ideología de la clase rectora puede disfrutar de una posición intrínsecamente favorable sobre sus oponentes. Tal vez sus opiniones estén profundamente engranadas en la sociedad actual, hasta el punto de ser sinónimas de «sentido común», como señalara Gramsci en su análisis sobre la hegemonía ideológica. Y, una vez más, hay distintas explicaciones, muy complejas, de por qué con harta frecuencia las ideologías consiguen adeptos en los sectores sociales más insospechados.

Aunque sólo de pasada, ya he señalado algunas de las cuestiones recurrentes en los textos sobre la ideología. Un tratamiento adecuado exigiría un análisis extenso, un tanto abstracto, que tal vez, más que arrojar luz sobre este plinto, crearía mayor confusión. En cualquier caso, nuestro objetivo no es adentrarnos en un complejo debate sobre los problemas metodológicos que se plantean en torno al concepto de la ideología. En vez de ello, dedicando una mayor extensión al caso británico, confiamos en poder ofrecer una exposición relativamente directa de los orígenes sociales e intelectuales, y de su subsiguiente desarrollo, de algunas de las principales ideologías que están presentes en la sociedad moderna. Ciertos interrogantes que plantea el concepto de la ideología son, por tanto, tangenciales a nuestro estudio, mientras que en la exposición de cada ideología surgirán las respuestas a otras preguntas, siquiera sea de forma implícita.

«LAS PALABRAS NO PERMANECEN INMUTABLES»

Preciso es analizar una característica de la controversia ideológica porque incide en los distintos capítulos de esta obra: se trata del hecho de que las representaciones sociales antagónicas se construyen a partir de un fondo común de conceptos compartidos. La sociedad se asemeja a un campo de batalla donde compiten las ideologías para quedar victoriosas. Pero esta confrontación no supone un eterno combate entre sistemas de creencias arcanas y terminantes, sino que todas las ideologías se adaptan a las cambiantes circunstancias sociales: se da un proceso continuo en el que algunas ideas se corrigen o desechan y otras nuevas se absorben por vez primera dentro de la particular perspectiva que se tenga de la sociedad. Los contendientes ideológicos persiguen una ventaja estratégica sobre los demás mediante una constante redefinición y ajuste de su propia postura. Y esta batalla por conseguir la hegemonía se libra en el terreno lingüístico: se produce un continuo forcejeo por asignar significados ideológicos a los términos comunes del discurso político.

La razón de este enfoque lingüístico del debate ideológico es que los conceptos políticos no transcurren por la historia con un significado fijo e inherente a su esencia, sino que básicamente son conceptos controvertidos que incorporan distintos significados, con frecuencia incompatibles. La idea de nación, por ejemplo, proporciona una materia prima muy dúctil, a partir de la cual se pueden construir diversas perspectivas ideológicas. Como Richard Jay ilustra en el capítulo sobre el nacionalismo (cap. 6), se ha utilizado para promover diversos objetivos sociales: por los liberales del siglo XIX, que concitaron el apoyo de la gente para la creación de un Estado centralizado contra la resistencia de los terratenientes; por los socialistas del siglo XX, que lucharon por la liberación contra el dominio colonial; y en la Gran Bretaña de hoy, por los grupos proclives a la derecha (desde los conservadores patrióticos a los fascistas racistas) que evocan los recuerdos de la grandeza nacional y la supremacía imperial. Al igual que ocurre con otros conceptos, su uso no es monopolio de un solo grupo o clase social, sino que se apropian de él intereses sociales antagónicos. Ningún grupo posee un surtido de conceptos de su propia exclusividad, sino que ha de orquestrar sus temas ideológicos específicos a partir de un repertorio lingüístico común.

Esta batalla lingüística es claramente visible cuando se considera un plano histórico muy extenso. Inicialmente se puede asignar a un concepto un significado ideológico que le ligue a los intereses de un grupo social dado. Posteriormente, sin embargo, se le pueden atribuir varios significados en beneficio de intereses diversos. El liberalismo, como se verá en el siguiente capítulo, dio origen a algunos conceptos que más tarde utilizaron los partidarios de otras ideologías: el constitucionalismo, el gobierno representativo, las libertades civiles, y demás. Estas ideas se han instalado hoy en el seno de unas ideologías nuevas donde su significado concreto procede de la perspectiva social en su conjunto.

Una de estas ideas es la de la economía de mercado libre que los liberales formularon en el siglo XVIII en su empeño por liberar a la sociedad del control paternalista de la aristocracia. Pero eventualmente el concepto capitalista del *laissez-faire* se desgajó de su contexto ideológico original y se le asignaron otras connotaciones. Así, por ejemplo, muy pronto se incorporó al conservadurismo que lo utilizó principalmente para defender la estructura de poder establecida y no para oponerse a ella. El concepto de un gobierno minimalista ha permanecido como una constante dentro del conservadurismo. En la actualidad refuerza la campaña conservadora para liberar al capital privado de las trabas no del paternalismo aristocrático, sino del intervencionismo del Estado de bienestar. Como en otros tantos conceptos, el significado original de mercado libre se ha modificado al compás de la evolución de las prácticas sociales.

La batalla ideológica de las palabras no se revela sólo a lo largo de un período histórico amplio. En cualquier momento dado, los conflictos sociales se centran en una lucha por atribuir distintos significados a los términos políticos más comunes. El concepto de libertad, por ejemplo, es muy popular en el escenario británico actual. Su significado preciso depende del cristal ideológico con que se mire. Los conservadores utilizan el término para fomentar su ideal de unas fuerzas económicas sin ataduras, donde el capital privado esté sujeto a restricciones políticas mínimas, mientras que los socialistas lo emplean para defender un Estado intervencionista que salvaguarde al pueblo de las injusticias de un capitalismo incontrolado. Así, por ejemplo, durante la campaña para las elecciones generales de junio de 1983 un ministro clamaba que los conservadores perseguían «escapar de la prisión socialista», edificada con las políticas keynesianas de la posguerra; mientras que, aquella misma noche, un miembro del gobierno en la sombra aseguraba que los socialistas querían liberar al pueblo de la coacción de la pobreza, el desempleo, la discriminación racial y las desigualdades por motivo del sexo. Ambos conferían al concepto su versión ideológica particular, alterando, por tanto, su significación de forma radical. El empleo que los conservadores dan a la idea de libertad ha sido especialmente fructífero: muchos de sus éxitos electorales del presente se deben a su defensa de una ((sociedad libre» frente a lo que ellos denominan un Estado-nodriza burocratizado que debilita la confianza en uno mismo y socava la iniciativa individual.

Es posible seguir el desarrollo de una ideología a través de los significados que sus partidarios han asignado a conceptos específicos. Suele decirse, por ejemplo, que el liberalismo británico se ha transformado debido al cambio de significado del término «libertad». Los primeros liberales, como los conservadores de hoy día, tenían tendencia a comparar la libertad con un gobierno poco intervencionista, un gobierno mínimo, mientras que sus sucesores, al igual que los socialistas, se inclinan a creer que la libertad personal se fortalecería mediante algún control político de las fuerzas económicas. Tales cambios semánticos pueden ser lo bastante drásticos como para transmitir la impresión de incoherencia ideológica. Desde la perspectiva histórica, una ideología dada puede incorporar tal variedad de conceptos que haga pensar que carece de una identificación modular: lo cierto es que algunos comentaristas aducen que es tarea vana tratar de encontrar dicha identidad. De hecho, la identidad de una ideología nace de la forma en que los conceptos, cualquiera que sea su significado, se canalizan dentro del marco general de la sociedad. Uno de los objetivos de los siguientes capítulos es demostrar que la mayoría de las ideologías posee una identidad abierta que, en cualquier momento dado, se acomoda a la forma en que se utilizan los distintos conceptos.

Finalmente, ¿por qué estudiar las ideologías? El conocimiento ideológico es parcial: refleja los intereses partidistas de los grupos sociales antagónicos. ¿No deberíamos, pues, dejar de lado la controversia ideológica y perseguir un saber social más fiable? La respuesta es que todos nosotros participamos de las prácticas sociales que son el origen de las diferencias ideológicas. Si damos la espalda a los conflictos ideológicos, ignoraremos asimismo las divergencias de riqueza y poder donde se nutren dichos conflictos. Un examen del discurso ideológico puede contribuir a orientarnos en nuestra condición de actores en un mundo social problemático. Puede incluso librarnos de algunas de nuestras propias ilusiones ideológicas. Pero no nos llevará al terreno etéreo de un conocimiento social puro, libre de juicios de valor, que planea por encima del fragor de los intereses contradictorios, porque creer en la posibilidad de un tal conocimiento es una de las mayores ilusiones. En tanto que los conflictos sociales persistan, no hay puerta alguna de escape para ignorar el mundo de la ideología. Las preguntas que debemos planteamos son: ¿de qué lado estamos? ¿Y por qué?

BIBLIOGRAFÍA

Las bibliografías referentes a cada ideología figuran al final del capítulo correspondiente. No hay, sin embargo, ningún capítulo que trate específicamente de la protesta cultural de los años sesenta, de donde surgieron los movimientos feminista y gay.

La mayor parte de los escritos de protesta tuvieron una existencia efímera y hoy están agotados. Pero véanse Theodore Roszak, *The Making of a Counter Culture: Reflections on the Technocratic Society and its Youthful Opposition*, Faber, London, 1971 [ed. esp., *El nacimiento de una contracultura*, 8.ª ed., Kairós, Barcelona, 1984]; Nigel Young, *An Infantile Disorder?: Crisis and Decline of the New Left*, Routledge & Kegan Paul, London, 1977. La expresión más elocuente de la ideología de Nueva Izquierda está en Herbert Marcuse, *An Essay on Liberation*, Penguin, Harmondsworth, 1972, que es algo menos pesimista sobre la posibilidad de un cambio social radical que la primera obra de Marcuse, *One Dimensional Man*, 1964 (reimp., Abacus, London, 1972) [ed. esp., *El hombre unidimensional*, 2.ª ed., Anel, Barcelona, 1987]. La mejor introducción a Marcuse es Vincent Geoghegan, *Reason and Eros: The Social Theory of Herbert Marcuse*, Pluto, London, 1981.

La literatura feminista es extensa. Entre los libros que se editaron en los primeros años del movimiento feminista y que todavía merecen leerse, se incluyen: Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, 1970 (reimp., Women's Press, London, 1980) [ed. esp., *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona, 1976]; Kate Millet, *Sexual Politics*, 1969 (reimp., Virago, London, 1977); Juliet Mitchell, *Woman's Estate*, 1966 (reimp., Penguin, Harmondsworth, 1971) [ed. esp., *La condición de la mujer*, Anagrama, Barcelona, 1977]; Sheila Rowbotham, *Woman's Consciousness. Man's World*, Penguin, Harmondsworth, 1973 [ed. esp., *Mundo de hombre. Conciencia de mujer*, Debate, Madrid, 1977]; Sheila Rowbotham, *Hidden from History: 300 Years of Women's Oppression and the Fight Against It*, Pluto, London, 1973 [ed. esp., *La mujer, ignorada por la historia*, Debate, Madrid, 1980], es el estudio más interesante visto desde una óptica inglesa. Sheila Rowbotham, Linne Se-

gal y Hilary Wainwright, *Beyond the Fragments: Feminism and the Making of Socialism*, Merlin, London, 1979, constituye una acreditada revaloración del movimiento feminista en Gran Bretaña.

Sobre el movimiento gay, están Jeffrey Weeks, *Coming Out: Homosexual Politics in Britain, from the Nineteenth Century to the Present*, Quartet, London, 1977, y Gray Left Collective (ed.), *Homosexuality: Power and Politics*, Allison and Busby, London, 1980.

Buena parte de los textos sobre el concepto de ideología son tediosos y abstrusos. Jorge Larraín, *The Concept of Ideology*, Hutchinson, London, 1979, es una buena introducción, aunque difícil. Alvin W. Gouldner, *The Dialectic of Ideology and Technology: The Origins, Grammar and Future of Ideology*, Macmillan, London, 1976 [ed. esp., *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Alianza, Madrid, 1978], es un estudio sofisticado, pero rico y de amplia visión. En cuanto a Marx, la mejor introducción es Bhikhy Parekh, *Marx's Theory of Ideology*, Croom Helm, London, 1982. Véase también Jorge Larraín, *Marxism and Ideology*, Macmillan, London, 1983.

Nigel Harris, *Beliefs in Society. The Problem of Ideology*, Penguin, Harmondsworth, 1971, pone de manifiesto buena parte de las insensateces que se han escrito sobre el concepto de ideología y, consecuentemente, es un punto de partida muy útil para iodo aquel que quiera ahondar en algunas de las preguntas planteadas, pero no contestadas, en la sección sobre «Problemas de análisis». John Plamenatz, *Ideology*, Macmillan, London, 1971, trata algunos de los problemas con precisión analítica. Lewis S. Feuer, *Ideology and the Ideologists*, Basil Blackwell, Oxford, 1975, aborda algunos de los problemas epistemológicos y sociológicos de una manera original y polémica (a mi entender, insatisfactoria), y puede ser atractivo para lectores que deseen un antídoto contra las opiniones que se expresan en la «Introducción». Brian Fay, *Social Theory and Political Practice*, George Allen and Unwin, London, 1975, ofrece un análisis interesante sobre el contenido ideológico del conocimiento social. Erich Fromm, *The Fear of Freedom*, 1942 (reimp., Routledge & Kegan Paul, London, 1960) [ed. esp., *El miedo a la libertad*, 13.ª ed., Paidós, Buenos Aires, 1989], combina las reflexiones psicológicas y sociológicas en un intento de explicar el poder de captación de las masas que tienen las ideologías autoritarias como el fascismo. Tal vez sea la introducción más lúcida al aspecto proselitista de las ideologías.

En este capítulo se ha mencionado varias veces a Gramsci debido a la claridad que aportó sobre este tema. Sus *Selections from the Prison Notebooks*, ed. Quinton Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Lawrence and Wishart, London, 1971 (ed. esp., *Cuadernos de la cárcel*, Magisterio Español, Madrid, 1978), es muy difícil, si bien la valiosa introducción a la obra es sumamente útil. Una breve introducción a su vida y a su pensamiento se la debemos a James Joll, *Gramsci*, Fontana, London, 1977. El estudio más completo es el de J. Femia, *Gramsci's Political Thought*, Oxford University Press, Oxford, 1981. También es una buena obra, especialmente por lo que se refiere al concepto de hegemonía, Carl Boggs, *Gramsci's Marxism*, Pluto, London, 1976. Y, además, Roger Simon, *Gramsci's Political Thought: An Introduction*, Lawrence and Wishart, London, 1982.

2. LIBERALISMO

ROBERT ECCLESHALL

El objetivo [del liberalismo] es crear una nación, pero no una nación de trabajadores obedientes, si bien tratados con afabilidad, y dependientes de una clase rica y minoritaria, **tenedora** única de las ventajas y el disfrute de la vida civilizada: ni tampoco de un proletariado **instrumentalizado**, controlado, al que un grupo de dictadores o de burócratas, actuando en nombre del Estado, le proporcione ciertas comodidades de tipo estándar; sino una nación de hombres y mujeres libres, dignos de confianza, respetuosos con la ley y confiados en sí mismos, libres de la atroz opresión de la servidumbre de la pobreza y (hasta donde los hombres sean capaces de lograrlo) de la tiranía de las circunstancias; hombres de cuerpos sanos y mente despierta y disciplinada; que tengan acceso a una igualdad de **oportunidades** auténtica para rendir lo mejor de sus facultades y en el **máximo** grado, en provecho propio y en el de su comunidad, y de elegir la forma de vida más acorde con sus aptitudes: que verdaderamente **participen** en la responsabilidad de regir la dirección de sus intereses comunes y las condiciones de su propia vida y de su trabajo; y a los que se garanticen las horas de descanso necesarias para una vida plena y para poder gozar de los encantos de la naturaleza, la literatura y las artes.

The Liberal Way: A Survey of Liberal Policy, London 1934, pp. 221-222.

En el presente capítulo el liberalismo se **presenta** como una ideología más integrada de lo que muchos comentaristas académicos reconocen, y ciertamente más de lo que los propios liberales proclaman. Un reproche que suele hacerse a los liberales es que se complacen en florituras retóricas a falta de una precisión ideológica. Los liberales profesan un gran amor por la libertad y **abandera**n su causa en cualquier ocasión que se presente. Ahora bien, en sí mismo el compromiso con la libertad individual no indica ni una perspectiva ideológica **rigurosa**, ni un programa ideológico nítidamente definido. La mayoría de los conservadores y de los socialistas, y también los liberales, sitúan la libertad en el primer puesto del catálogo de sus valores políticos y, como se indica en el capítulo que sirve de «Introducción», el desacuerdo entre la amplitud y el tipo de actividad gubernativa que se requieren para garantizar y fortalecer la libertad personal, es más que notable. A lo largo de los tres últimos siglos, los liberales han ofrecido diversas versiones, aparentemente contradictorias, acerca de la correcta relación entre el individuo y el gobierno. En la historia del liberalismo hay un buen muestrario de desperdicios para cualquiera

que se sienta tentado de acusar a sus partidarios de confusiónismo ideológico.

Nuestro objetivo es demostrar que existe un enfoque liberal, diferenciado y relativamente coherente. En la primera parte se analizan algunos de los factores, tanto conceptuales como históricos, que transmiten la impresión de cierta inconsistencia ideológica. La segunda parte, que a rasgos generales describe la historia del liberalismo inglés, pretende analizar la evolución de la identidad de dicha ideología. Finalmente, se asegura que los pobres resultados electorales del Partido Liberal en este siglo no implican, necesariamente, su desintegración ideológica. En todo momento el objetivo es establecer la coherencia del liberalismo (lo cual no debe entenderse, desde luego, como respaldo ni a la perspectiva liberal, ni a las políticas del Partido Liberal).

PROBLEMAS DE DEFINICIÓN

PALABRAS CLAVE

El adjetivo «liberal» denota una actitud mental más bien que un credo político. En nuestra sociedad, ser liberal es la piedra de toque de una persona civilizada, de mente abierta, generosa, tolerante, dispuesta a sacrificar sus propios intereses en pro del bien público, y presta a abordar cualquier cuestión desde un punto de vista imparcial y racional, libre de todo prejuicio y superstición. Este es el motivo de que muchas personas se autocalifiquen como mentes liberales aun cuando no apoyen el liberalismo como ideología. Tales personas no gustan de las leyes autoritarias y suelen oponerse a las prácticas que descalifican a determinados grupos sociales. El derecho a la libertad de palabra, al piquete y a la protesta, a los derechos de la mujer, de los homosexuales, de los presos y de las minorías étnicas se encuentra entre los argumentos que defienden las gentes de mentalidad liberal. En tal sentido del término, la mayoría de los socialistas y algunos conservadores son, a su vez, liberales.

El sustantivo «liberalismo» tiene un origen más reciente que el adjetivo «liberal». Se utilizó por vez primera para designar una creencia política diseñada por los escritores españoles, franceses e ingleses a principios del siglo pasado, a menudo como definición hostil hacia las personas que expresaban opiniones radicales o progresistas. Pronto se deshizo de sus connotaciones negativas y pasó a ser un distintivo político respetable. Y, así, a mediados del siglo XIX los *whigs* ingleses se reconvirtieron en el Partido Liberal.

El problema estriba en que algunas de las acepciones que en principio se adscribieron al adjetivo «liberal» se introdujeron en el nuevo término «liberalismo». Los partidarios de la ideología liberal habían intentado, y no contra natura, cultivar una imagen liberal de sí mismos en el sentido más tradicional: personas magnánimas que preferían la discusión racional y el bien común al extremismo ideológico y la consecución de intereses partidistas. Según Jo Grimond, uno de los primeros líderes del Partido Liberal Británico, «actuar liberalmente equivale a decir obrar con generosidad, e implica ser pródigo. Evoca ideas de aliento, luminosas, razonables y bellas»¹. De acuerdo con este juicio de valor, el liberalismo equivale a la expresión política de aquellos valores civilizados que durante tanto tiempo ha ensalzado nuestra sociedad; en boca de J. M. Keynes, «liberal es cualquiera que posea una gran sensibilidad».

La aceptación positiva del término no se limita a los adeptos al credo liberal. Lo mismo que el adjetivo ha denotado durante mucho tiempo una visión saludable de la vida, el sustantivo «liberalismo» suele utilizarse hoy día como expresión abreviada de lo que se consideran como las características más deseables de nuestra cultura política, razón por la cual, valga de ejemplo, las sociedades occidentales acostumbra a describirse con el socorrido término de «liberales capitalistas», con lo que se quiere significar que propician los valores más elevados y ofrecen un escudo para proteger los derechos y libertades del individuo, más eficaz que las denominadas sociedades totalitarias del este de Europa.

Pero esta acepción del término es excesivamente amplia e imprecisa para definir los rasgos diferenciadores del liberalismo como ideología. En su acepción usual, el liberalismo es poco más que una *amalgama* de valores que ninguna persona honrada rechazaría. Como tal, casi parece que fuera la panacea del mundo político: un surtido de buenas intenciones que no están debidamente ordenadas. Es decir, el empleo más común del término no pone de manifiesto una perspectiva ideológica coherente. Una secuencia analítica más provechosa es la de investigar sus orígenes sociales y la subsiguiente evolución del liberalismo.

EL LIBERALISMO Y EL MUNDO MODERNO

Incluso esta secuencia analítica no está libre de añagazas. Si bien el término «liberalismo» no se acuñó hasta el siglo XIX, a partir de entonces se ha ido depurando hasta convertirse en un concepto útil para cla-

¹ Joseph Grimond, *The Liberal Challenge*, Hollis and Carter, London, 1963, p. 33.

sificar unas ideas que nacieron dos siglos atrás. Durante el siglo XVII se puso en entredicho la autoridad, tanto del Estado como de la Iglesia, por parte de autores y activistas políticos que aseveraban que todas las personas tenían determinados derechos. En su opinión, estos derechos del individuo venían a limitar la autoridad del gobierno y definían un ámbito de conducta personal (que incluía la religión) en el que el juicio privado y la propia conciencia eran soberanos. El liberalismo, en la acepción que hoy utilizan los comentaristas académicos, designa las ideas progresistas que presidieron el gradual derrumbamiento de las jerarquías sociales tradicionales. Contemplado bajo esta óptica, el liberalismo es la ideología que está más íntimamente ligada con el resurgimiento y la evolución del mundo capitalista moderno. De suerte que en determinados aspectos (por emplear una frase que se menciona en la «Introducción» a esta obra) es la ideología hegemónica de la sociedad posfeudal: comporta el espíritu dinámico de la era capitalista y descansa sobre presupuestos que muchos de nosotros damos hoy por sentados. De aquí la tendencia, ya mencionada anteriormente, a referirse al mundo occidental como (<liberal-capitalista> aunque la ascendencia del concepto agrava el problema de identificar los rasgos del liberalismo que lo diferencian de otras ideologías.

Como ideología del mundo moderno, el liberalismo nació en Inglaterra a mediados del siglo XVII. Durante un período de unos cuarenta años a partir de la guerra civil y la implantación del gobierno constitucional tras la Gloriosa Revolución de 1680, se esgrimió una buena cantidad de argumentos contra el poder de la monarquía, absoluto e incontrolable, así como contra el monopolio de la verdad religiosa que detentaba la Iglesia establecida. Fue entonces cuando, por vez primera, las demandas en favor de la tolerancia religiosa y de un gobierno con poderes limitados se configuraron dentro de una perspectiva decididamente política. Datan de este período, por ejemplo, las obras de John Locke *Dos tratados sobre el Gobierno* y *Carta sobre la tolerancia*, publicadas ambas en 1689. La primera dejaba bien sentada la necesidad de un gobierno representativo y constitucional, y la segunda defendía el derecho a disentir en materia de religión. Ambas se consideran hoy los postulados más clásicos del liberalismo.

Estos tempranos enfrentamientos contra la estructura tradicional del poder hicieron de Inglaterra el país donde se originó el liberalismo. Por otra parte, en Europa la oposición al régimen establecido irrumpió en el siglo XVIII, de modo que el nacimiento del liberalismo se asocia con la Ilustración, esa corriente de optimismo que barrió a toda Francia para pasar después al resto de Europa. Los pensadores de la Ilustración consideraron las leyes y costumbres de la sociedad de entonces como baluartes de los privilegios aristocráticos que se oponían al derecho que el individuo tenía a llevar una existencia libre e independiente. Abogaban por la reconstrucción racional de la sociedad me-

dante la aplicación de un tipo de conocimiento científico que De Tracy denominó «ideología». Se creía que de este modo todos los ciudadanos disfrutarían de los derechos a que eran merecedores.

Dos grandes acontecimientos constituyeron un intento de convertir esta creencia de los derechos universales del hombre en auténticos programas políticos: la Declaración de Independencia (1776), que liberó a Norteamérica del dominio colonial británico, y la Declaración de los Derechos del Hombre (1789), que anunció el fin del régimen aristocrático en Francia. Un fragmento del primer documento reza:

Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables~que entre éstos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de Felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que, cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene el derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su Seguridad y Felicidad*.

En este breve pasaje, que se inspira en el pensamiento de Locke, se encierran las cuestiones y principios básicos del incipiente liberalismo.

En Inglaterra, país que centra nuestra atención, los que apoyaban la independencia de las colonias y la Revolución francesa exigían también reformas políticas en su propia tierra. Una de estas voces fue la de Tom Paine (1737-1809). Paine, quizás más que ningún otro, simboliza el espíritu progresista de dicho período, y merece la pena ahondar lo que por entonces pensaba, en parte porque incorpora las propuestas y demandas del primer liberalismo, pero también porque ilustra algunas de las dificultades para formular los conceptos, en su empeño por desligar al liberalismo de las ideologías opuestas.

Paine, que abandonó Inglaterra en 1774, participó tanto en la independencia de Norteamérica como en la Revolución francesa, y así, por ejemplo, fue elegido representante y después hecho prisionero en Francia. Pero fue su relumbramiento como propagandista y autor de folletos lo que le dio posteridad y movió a Michael Foot a aclamarle como «el principal profeta de la democracia y el gobierno representativo, la creencia de la que más se vanagloria nuestro mundo occidental»². La obra de Paine *El sentido común* (1776) abogaba por una República norteamericana independiente, y *Los derechos del hombre* (1791-

* Cit. en L. Weymouth (dir.), *Thomas Jefferson: el hombre, su mundo, su influencia*, trad. de J. Belloch Zimmermann, Tecnos, Madrid, 1976, p. 269. (N. de la T.)

² Michael Foot, «Shatterproof Paine», *The Guardian*, 15 de enero de 1982, p. 10.

1792) no sólo aclamaba a la Revolución francesa, sino que atacaba ferozmente a todos los «viejos gobiernos» de Europa, especialmente al británico. Paine tenía una notable capacidad para expresar sus demandas más radicales en un lenguaje llano, de modo que ambos libros fueron de inmediato best-sellers.

Los dos contenían ideas que hoy se identifican como manifestaciones del pensamiento liberal en sus inicios. Los defensores del viejo orden apelaban a la historia, alegando que el gobierno aristocrático, cargado de tradición, esaba respaldado por la sabiduría de muchos siglos. Para Paine, por el contrario, la historia registraba una relación miserable de conquistas y de explotación aristocrática: de todo lo cual había nacido una forma despótica de gobierno que servía a los intereses de una minoría privilegiada. La razón exigía desechar de una vez por todas los detritus, para dar paso a un gobierno democrático que salvaguardara los derechos y representara los intereses de todos y cada uno.

Paine basaba su argumentación a favor de la reforma política en un concepto básico para el primer liberalismo: los *derechos naturales*, concepto según el cual todos los hombres habían nacido con idénticos atributos para dirigir sus propios asuntos o, en otras palabras, con la capacidad innata para tomar decisiones racionales e independientes en todos los aspectos; de la vida: moral, religión, política y economía. El concepto de los derechos naturales venía a reforzar su demanda de un *gobierno limitado* cuyos componentes se sometieran al control popular o democrático. Asimismo, le facultaba para interceder en favor de causas como la abolición de la esclavitud, los derechos de la mujer, el derecho a la libertad de expresión y de religión. Este último constituye la tesis de *La edad de la razón* (1795-1796), donde ridiculizaba a las iglesias establecidas e identificaba el juicio personal o conciencia propia como la guía más válida para llegar a la verdad religiosa. «Mi propia mente es mi propia iglesia», afirmaba, confiado, en la primera página de su obra.

La confianza de Paine en la capacidad de la gente común para llevar una existencia independiente le llevó a expresar otra idea, asociada al liberalismo inicial, a saber: la de un *gobierno limitado* en el que la política tendría un papel mínimo en los asuntos sociales y económicos de la comunidad. Desde esta perspectiva la función del gobierno consistiría en salvaguardar los derechos naturales, que, en su expresión legal, se denominarían derechos o libertades civiles; en caso contrario, tendría poca cabida en el esquema de Paine. Un gobierno con amplios poderes o muy articulado no sólo se inmiscuía en el derecho de las personas a dirigir sus propios asuntos, sino que además era ineficaz. En las cuestiones económicas, por ejemplo, la gente podía preservar sus propios intereses sin ninguna ayuda política, como así lo proclamaba Paine en *Los derechos del hombre*:

Es a los grandes principios fundamentales de la sociedad y la civilización, a los usos comunes aceptados universalmente, y apoyados mutua y recíprocamente, a la incesante circulación de intereses que, al pasar por sus múltiples canales, vigoriza todo el conjunto de los hombres civilizados, es a todas esas cosas, infinitamente más que a ninguna otra que incluso el mejor gobierno posible pueda realizar, a las que están sujetas la seguridad y la prosperidad del individuo y de todos los seres en general.

Se trataba de su argumentación en defensa de una economía de libre mercado en la que el gobierno no estorbaba la competencia natural para obtener los recursos más bien escasos. También en este punto, Paine articuló una cuestión que las generaciones posteriores identificarían como un rasgo del liberalismo inicial: la **armonía** natural de los intereses individuales que hacían del gobierno algo obsoleto para un amplio sector de la sociedad.

Los *derechos del hombre* contenía muchos de los ingredientes del primer liberalismo y también puso de relieve un debate ideológico entre los partidarios y los adversarios del orden establecido. La obra tenía por subtítulo *Respuesta al Sr. Burke por su ataque a la Revolución francesa*. Edmund Burke, en sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa* (1790), defendía la sociedad tradicional tanto contra los revolucionarios, como contra los sujetos como Paine quien juzgaba al gobierno británico de acuerdo con los mismos principios radicales. Burke adoraba los usos y costumbres tradicionales y describía al gobierno parlamentario inglés, con el Monarca, los Lores y los Comunes, como una constitución equilibrada que había sido revalidada por la experiencia histórica. Haciendo una analogía entre el cuerpo político y el cuerpo humano, Burke comparaba a la aristocracia con la cabeza del hombre, cuya función es impartir sabiduría al resto de los miembros. Para Burke, pues, una comunidad convenientemente ordenada era como una pirámide o una jerarquía en la que la masa del pueblo respondía obedientemente a la dirección política de sus superiores sociales.

Paine rechazaba la imagen paternalista de Burke comparando a la sociedad política con un cuerpo humano reproducido a gran escala. No cabía defender la jerarquía social ni el gobierno aristocrático cuando todas las personas podían tomar decisiones **racionales** e independientes sobre todas las facetas de la esfera humana. Una imagen más correcta de la sociedad política sería aquella en que la autoridad fluyera hacia el interior, hacia el centro de la totalidad de los individuos y no, como pensaba Burke, hacia abajo a partir de una elite **social**. «Una nación no es un cuerpo —arguía Paine— cuya figura se refleja en el cuerpo humano, sino que es como un cuerpo **contenido** dentro de un círculo, ambos con un centro común donde confluyen todos los radios; y dicho centro se constituye mediante la representación.» De

aquí la necesidad de un sistema democrático donde el gobierno responda a las elecciones y al control populares.

Estas imágenes políticas, contradictorias, simbolizan la ruptura ideológica entre los defensores de la sociedad establecida y los adelantados de la nueva era. Paine fue el portavoz de una creencia radical que abrazaba el progreso social en todos sus aspectos. Como ya veremos en el capítulo siguiente, la reivindicación que hacía Burke del gobierno aristocrático equivalía a la franca expresión de los principios conservadores.

Pero el pensamiento de Paine ilustra también el problema de trazar los límites entre el liberalismo y otras ideologías, especialmente la socialista y la conservadora. En cierto sentido, el radicalismo de Paine no difiere demasiado de buena parte del socialismo británico. Como ya se indica en la introducción a este libro, tanto los liberales como los socialistas habían bebido en la misma corriente de creencias radicales procedentes del período de la guerra civil del siglo XVII. Así pues, nada tiene de sorprendente que la incisiva obra *Los derechos del hombre* de Paine llegara a ser, según E. P. Thompson, «el texto fundamental del movimiento de la clase trabajadora inglesa», del que eventualmente surgiría el Partido Laborista¹. Una de las razones de ello es que Paine abanderaba la causa democrática que muy pronto sería adoptada por los cartistas* y otros más. Asimismo, *Los derechos del hombre* delineaba un programa de bienestar social. Entre los derechos humanos Paine incluía el de estar habilitado para ser asistido, es decir, el derecho de todo ser humano a verse aliviado de la pobreza y el dolor. Preconizaba, por ejemplo, la concesión de pensiones a los ancianos, préstamos a la familia, subsidios a la maternidad, y talleres para los parados, todo ello patrocinado por el gobierno. En su opinión, todos estos planes podrían financiarse, en parte, suprimiendo el extravagante gobierno aristocrático e instituyendo impuestos sobre las herencias.

El apoyo de Paine a una redistribución de la riqueza no significa que perteneciera al campo de los socialistas, pues a diferencia de éstos, no creía que el surgimiento del capitalismo industrial planteara una amenaza grave a la pobreza y la explotación. Junto con otros liberales, pensaba que los privilegios aristocráticos, y no la empresa capitalista, constituían el principal obstáculo para la creación de una sociedad justa y cabal. No reclamaba la intervención gubernativa sobre la economía con el fin de rectificar el desequilibrio de poder entre el capital y el trabajo; de hecho, al igual que los conservadores de hoy, ex-

* Cartismo: movimiento de la clase obrera, liderado por William Lovett en 1838, que defendía la reforma parlamentaria. (N. de la T.)

¹ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin, Harmondsworth, 1968, p. 99. [Ed. esp., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Crítica, Barcelona, 1989.]

plicaba con detalle las ventajas de una economía de mercado libre o *laissez-faire*. Pero, con todo, su apoyo a los derechos populares y al bienestar social hizo de él el aliado natural de toda suerte de radicalismos. En sus inicios el movimiento laborista se inclinaba más hacia un conjunto de creencias liberales y progresistas que a un socialismo a toda vela. La línea de demarcación entre el socialismo de tipo inglés y el liberalismo radical de Paine siempre fue borrosa, razón por la cual Michael Foot reconoce que «buena parte de lo que el Partido Laborista ha ofrecido ya lo ofertó antes Tom Paine y en un inglés mucho mejor».

La forma en que algunos de los coetáneos de Paine reaccionaron ante sus ideas agudiza, por otra parte, el problema de diferenciar el liberalismo del conservadurismo. El radicalismo de Paine, y en especial su carácter republicano, ofendió a las clases dominantes inglesas. Incluso se llegó a prohibir, por sedicioso, *Los derechos del hombre*, aunque en cierto sentido algunos adversarios de Paine pudieran definirse también como liberales.

Muchas ideas liberales se formularon inicialmente en el seno del partido *whig* inglés, partido que surgió durante la década de 1680 como oposición al arbitrario proceder de la monarquía. Los *whigs* defendían un gobierno constitucional con ciertas limitaciones y apoyaban, asimismo, diversas libertades civiles: los juicios con jurado, libertad de reunión, libertad de palabra y, lo más importante de todo, el derecho al disenso religioso de la Iglesia de Inglaterra. La Gloriosa Revolución de 1688 fue una victoria del constitucionalismo de los *whigs*.

En el siglo XVIII, no obstante, la defensa *whig* de la situación revolucionaria fue inequívocamente conservadora. Los *whigs* seguían opinando que su principal tarea política consistía en mantener encendida lo que James Fox denominó «la llama gloriosa de la libertad», porque estaban convencidos de que el sistema político establecido era adecuado para salvaguardar la libertad. A diferencia de Paine, su libertad no contemplaba la abolición de la monarquía, ni la instrumentación del voto democrático o la ampliación de los derechos del pueblo. Para los *whigs*, libertad significaba **primordialmente** la salvaguarda del derecho de propiedad; más aún, respaldaban la estructura jerárquica del gobierno aristocrático, que Paine odiaba. Fue Edmund Burke, un *whig*, quien escribió lo que hoy se considera una exposición muy elegante del pensamiento conservador. Hay un punto en el que el tipo de «liberalismo de las clases establecidas», que patrocinaban los *whigs*, pierde contacto con los planteamientos liberales **más** característicos, y, en consecuencia, sería más apropiado llamarles conservadores. Pero no siempre es fácil **delimitar** la **línea divisoria entre las dos ideologías**.

Con harta frecuencia las creencias liberales parecen estar a caballo entre las del pensamiento conservador y las del socialismo. El liberalismo radical de Paine (dejando aparte su deseo de que el gobierno tenga la mínima incidencia posible sobre la economía) está muy próximo al socialismo; mientras que el interés primordial de otros liberales de sustentar los derechos de la propiedad privada les acerca más a los conservadores. A primera vista nada tiene de sorprendente que los liberales aparezcan a menudo como una especie de gallinero revuelto, como la figura bifronte de Jano, y que, si hubieran sabido elaborar un pensamiento mas coherente, probablemente se hubieran unido a una de las dos doctrinas ideológicas adversarias.

Inicialmente el liberalismo de Paine y otros fue progresista porque perseguía liberar a las gentes de las limitaciones políticas tradicionales. En las palabras de John Locke, querían confinar al gobierno en el papel de «árbitro», alguien que salvaguardara imparcialmente los derechos individuales. De este modo ellos creían proporcionar a todos los ciudadanos las máximas oportunidades para disponer de sus propias vidas. Hasta el siglo XIX esta imagen del gobierno originó numerosas propuestas encaminadas a una sociedad libre del control paternalista aristocrático.

Una vez que el poder de la aristocracia se resquebrajó, el liberalismo continuó asociado a las corrientes progresistas. Desde finales del siglo XIX los liberales empezaron a apoyar un aumento de la actividad gubernativa. En ese momento los liberales argüían que la libertad del individuo se veía menoscabada por la pobreza y el desempleo que se derivaban del incontrolado *laissez-faire* capitalista. De aquí la necesidad de que el gobierno asumiera una función más activa en los asuntos sociales y, por consiguiente, erradicara las trabas económicas que impedían la libertad personal. Como se indica en el último capítulo, muchas de las opiniones sobre la sociedad del bienestar y la economía mixta las formularon los liberales a principios del presente siglo.

Así pues, el liberalismo ha evolucionado al paso del mundo capitalista moderno ofreciendo un mapa ideológico de los principales logros sociales durante tres siglos, lo cual contiene unas cuantas implicaciones para nuestro intento de describir el liberalismo como una ideología. En primer lugar, significa que el liberalismo no puede reducirse a un conjunto de creencias que no han sufrido el impacto de la historia. Los liberales han sido pioneros intelectuales que se han anticipado a defender cambios sociales significativos, por lo que sus ideas han de haber sufrido una transformación considerable. Todo lo cual no significa necesariamente que nos hallemos ante diversas ideologías que buscan cobijo bajo la etiqueta del liberalismo. Con todo, debemos ser muy rigurosos y no presentar al liberalismo como un conjunto de creencias estáticas e intemporales que se mantienen al margen de la historia.

En segundo lugar, como ilustran las respuestas al pensamiento de Paine, es muy difícil establecer un límite exacto entre el liberalismo y sus oponentes. El constitucionalismo, el gobierno representativo, la democracia, las libertades civiles, la competencia de libre mercado, el bienestar social, la economía mixta, todos ellos fueron conceptos que recibieron su bautismo a manos de los liberales; y cuestiones que en un principio merecieron el análisis de los liberales están hoy incorporadas a las ideologías de sus adversarios. El conservadurismo moderno, con su idea de apartar al Estado de la economía está inspirado en la idea liberal de un gobierno minimalista. Por otra parte, el Partido Laborista debe muchas de sus creencias sobre el bienestar social a los liberales del siglo XX. Resulta paradójico que el liberalismo, que hoy día es el programa político que peores resultados electorales obtiene, haya sido la fuente de muchas ideas que en la actualidad son aceptadas por los partidos que mayor éxito consiguen en la captación de votantes. El hecho de que posteriormente otras ideologías se apropiaran de las ideas liberales no simplifica en modo alguno la indagación de una imagen social característicamente liberal.

A la postre, este hecho convierte al liberalismo moderno en especialmente vulnerable a la imputación de incoherencia que suele hacerse. Son tantas las ideas que en principio fueron liberales y que posteriormente se han moldeado en el seno de perspectivas sociales alternativas, que la ideología liberal puede parecer hoy como desmembrada: un revoltijo de creencias que se derraman por doquier. Lo cierto es que los actuales liberales parecen estar sentados, y no muy cómodos por cierto, a caballo entre dos mundos ideológicos existentes: el conservador y el socialista.

Los liberales comparten con los conservadores su desagrado por el igualitarismo social. Ambos propugnan un sistema de economía competitiva en el que el talento individual y el espíritu emprendedor reciben sus adecuadas recompensas, que, en su opinión, han de ser distintas, ya que las personas no rivalizan con el mismo empeño y habilidad por satisfacer sus propias necesidades materiales. De modo que tanto liberales como conservadores **descalifican** por injusta la creencia socialista de que se debe recompensar a los individuos sobre la base de sus necesidades y no de sus méritos. Supriman ahora el término «liberal» del siguiente pasaje y podrán leerlo como si se tratara de una parte del manifiesto del Partido Conservador:

La sociedad liberal no puede ser una sociedad igualitaria puesto que la propia idea de libertad incluye la libertad de estar en la cabeza o en la cola, y los liberales no pueden admitir restricciones sobre lo que significa brío y potencia en interés de lo sosegado o despacioso. Antes al contrario, trataremos de asegurar la igualdad de oportunidades aceptando el hecho implícito

de que los que hacen suyas esas oportunidades han ido más lejos y más deprisa que quienes no las alcanzaron¹.

Ni los liberales ni los conservadores están dispuestos a sacrificar la libertad personal en aras de la igualdad social.

Ahora bien, aunque desconfiados ante las políticas igualitarias, los liberales de hoy comparten con los socialistas un compromiso sobre cierta forma de distribución de la riqueza. Admiten que las grandes desigualdades deterioran la libertad de la gente condenada a una vida de privaciones y pobreza, razón por la cual apoyan un programa de bienestar social. Como dice un autor del libro anteriormente citado, «pensamos que el bienestar es realmente una forma de libertad en tanto en cuanto libera a los hombres de las condiciones sociales que limitan sus opciones y frustran su desarrollo, en la misma medida en que pueden hacerlo las coacciones personales o ejercidas desde el gobierno». Por consiguiente, los liberales, junto con los socialistas, reconocen que algún tipo de tentativa, por parte del gobierno, para crear una sociedad más igualitaria, puede engrandecer y no socavar la libertad individual.

Parece ser que los liberales quieren lo mejor de los dos mundos. Al igual que los conservadores, prefieren definir la libertad como el derecho de las personas a luchar contra las desigualdades en la distribución de la riqueza. Pero concuerdan con los socialistas al afirmar que la libertad se empequeñece a menos que todos los individuos tengan, en términos generales, igualdad de acceso a las necesidades materiales de una existencia digna. ¿Dónde reside, pues, la identidad del liberalismo?

LA IDENTIDAD DEL LIBERALISMO

Si bien los liberales comparten los conceptos de libertad e igualdad con los partidarios de otras ideologías, gustan de mezclar dichos valores políticos a su manera. Conceden primordial importancia a la libertad individual y, en consecuencia, quieren que todos disfruten de la mayor cantidad de libertad posible. Todos los seres humanos, tal es su argumento, tienen igualdad de derechos en cuanto a la libertad.

Los liberales han defendido distintas estrategias para salvaguardar esta igualdad de derechos con respecto a la libertad. Los primeros liberales, Paine entre ellos, veían en un gobierno muy fuerte la mayor amenaza contra las libertades, mientras que los últimos liberales, contrariamente, han considerado que un gobierno minimalista constituía

¹ George Watson (ed.), *The Unservile State: Essays in Liberty and Welfare*, George Allen and Unwin, London, 1957, p. 192.

un obstáculo para disfrutar las libertades de forma igualitaria. Lo que sobresale en las distintas manifestaciones del liberalismo es la imagen persistente de una sociedad sana, como asociación de personas libres cuyos derechos básicos son iguales para todos. Por lo que, desde una perspectiva histórica, el liberalismo revela una identidad evolutiva.

Dicha identidad hunde sus raíces en la temprana oposición liberal contra el paternalismo aristocrático. A partir de su inicio, en el siglo XVII, los liberales han hecho sonar siempre una nota de optimismo y siempre han creído que, eliminando las trabas políticas o económicas que actúan sobre la conducta individual, se llegaría al progreso moral de toda la sociedad. Según este aserto, la libertad individual es la clave del progreso social. Las personas que llevan una existencia libre e independiente, postulan los liberales, tienen más probabilidades de adquirir virtudes tales como la confianza en uno mismo, la prudencia, la tolerancia, y el respeto por los derechos de los demás. Suelen tildarse dichas virtudes de *burguesas* bajo el entendimiento de que, típicamente, son el distintivo de los grupos económicos pudientes en una sociedad capitalista.

Dicha descripción no es impropia. Como ya hemos visto, el liberalismo ha estado aliado al progreso del mundo capitalista. Sus partidarios han querido eliminar los impedimentos que pesan sobre la capacidad de los individuos para participar en un sistema de competencia económica, y sus argumentos son que la independencia económica, asociada a la empresa capitalista, origina asimismo un sentido de independencia moral. Desde esta perspectiva cabe decir que los liberales están a favor de un proceso de *aburguesamiento* en el que, finalmente, cada uno adoptará actitudes compatibles con una economía competitiva.

La historia del liberalismo pone de manifiesto una sucesión de estrategias para hacer extensibles los derechos que, según se entendía, aseguraban la independencia moral y económica de los seres humanos. De modo que, a lo largo de los distintos modelos que ha adoptado el liberalismo, puede contemplarse el cuadro de una *sociedad uniclasista de ciudadanos que se autogobiernan*. El ideal liberal es el de una comunidad donde, independientemente de las diferencias en cuanto a la riqueza, exista una moral común de autodisciplina y respeto mutuo.

Este enfoque recalca las diferencias entre el liberalismo y sus principales adversarios: los conservadores y los socialistas. Los primeros tienen una visión de la naturaleza humana menos optimista que los liberales. Mientras que los segundos prefieren conceder a los seres humanos un margen más amplio para poder ejercitar su independencia, los conservadores se inclinan a defender un Estado donde imperen «la ley y el orden». A diferencia de los liberales, que hacen hincapié en los derechos de que gozan los individuos frente al Estado, los conservadores ponen el acento en los deberes que el pueblo tiene para con el gobierno. El modelo de sociedad conservador se fundamenta en el

ideal aristocrático de una comunidad estratificada, o jerarquizada, en la que, como muestra de lo expuesto por Burke, la sociedad se revela como una estructura dominante donde el común de las gentes reciben la orientación política que les marcan sus superiores sociales. Los liberales anticiparon la formación de una comunidad uniclasista de ciudadanos que se gobernarán a sí mismos. Por el contrario, los conservadores defienden la existencia de una sociedad jerárquica, o *clasista*, en la que los grupos económicamente dominantes asumen sobre sí la especial responsabilidad del liderazgo político.

En otro sentido, los socialistas comparten con los liberales la idea de una sociedad en la que la gente común controle su propio destino. Pero, a diferencia de los liberales, que pensaban que la empresa capitalista es el elemento que alimenta el autogobierno, los socialistas desconfían del sistema de libre competencia y argumentan que una economía capitalista atenta contra la libertad, ya que divide a la sociedad en una minoría privilegiada y una mayoría explotada, y afirman que la gente no puede autogobernarse cabalmente hasta que la sociedad, en su conjunto, supervise la actividad económica para beneficio de todos. Bien entendido que algunos socialistas están muy próximos a los actuales liberales que aceptan la necesidad de una economía mixta y un programa de bienestar social. Sin embargo, mientras que los liberales se han decantado en el sentido de postular el potencial civilizador de la empresa capitalista, los socialistas suelen defender una economía alternativa. Y, donde los liberales abogan por una sociedad uniclasista, los socialistas anticipan la formación de una sociedad *sin clases* que eliminaría las desigualdades capitalistas de la riqueza y el poder.

De suerte que, desde una perspectiva histórica, podemos considerar el liberalismo como una sucesión de estrategias tendentes a estimular la expansión del autogobierno a lo largo y ancho de la sociedad. Pero la historia del liberalismo es rica y variada. Las cuestiones comunes a los liberalismos de las distintas generaciones no se hacen inmediatamente palpables, por lo que en el apartado siguiente se establece la identidad evolutiva de esta ideología, analizando las distintas manifestaciones del liberalismo inglés.

LA HISTORIA DEL LIBERALISMO INGLÉS

LOS FUNDAMENTOS DEL LIBERALISMO

Los fundamentos del liberalismo se determinaron en el siglo XVII a raíz de las consecuencias de la oposición parlamentaria al poder absoluto del rey Carlos I. En un principio el conflicto se circunscribió al sector de las clases terratenientes, pero, comoquiera que la

guerra civil desplazó a la reyerta política, los grupos menos pudientes se vieron envueltos en la contienda. Se abrió así una compuerta al pensamiento radical y populista, del cual surgieron las líneas generales del liberalismo. Los niveladores, que se organizaron como partido en 1646, se cuentan entre los primeros liberales. Los niveladores se nutrieron de los pequeños propietarios y de los disidentes del ejército parlamentario de Oliver Cromwell. Furiosos porque tras tantos años de contienda no habían conseguido erradicar ni la arbitrariedad del poder político ni la injusticia social, idearon un programa político que contenía dos metas **paritarias**, a saber: el gobierno representativo y las libertades civiles. El programa de los niveladores fue el preludio para la articulación de las creencias liberales durante los cuarenta años siguientes. La razón consistía en que la restauración de la monarquía, en 1660, no había apaciguado los ánimos de los que temían que el gobierno parlamentario y la libertad religiosa pudieran verse aniquilados por un rey ambicioso y despótico. Tal fue el contexto en el que John Locke (1632-1704), preocupado de que pudiera ascender al trono de Inglaterra un monarca católico, se reafirmó en los principios liberales en la década de los años 1680.

En el núcleo mismo del liberalismo por desarrollar se asentaba el concepto de los derechos naturales, es decir, la creencia de que cuestiones tales como la vida, la libertad y la propiedad eran tan fundamentales y valiosas para los individuos, que **había** que establecer límites estrictos a lo que el gobierno podría hacer sin extralimitarse. A la par que dicho concepto, se mantenía la presunción de que los seres humanos tenían todos la suficiente inteligencia para juzgar si tales derechos estaban suficientemente salvaguardados. El efecto de estas dos ideas —los derechos naturales y la racionalidad innata de las personas— sobre el pensamiento fue muy profundo.

En primer lugar, dio origen a una imagen muy **novedosa** de la sociedad política. La idea tradicional era la de una estructura muy desigual y francamente dispar, por la gracia de Dios, en la que cada cual tenía el deber sagrado de cumplir las funciones que correspondían a su estrato social. Según esta concepción, el ideal era una jerarquía social muy rígida, en la cual los que estaban en la cima, los gobernadores y los obispos, eran responsables de mantener la unidad política y la uniformidad religiosa. Por el contrario, la nueva imagen que se ofrecía era la de una asociación de personas libres que compartían los mismos derechos fundamentales.

En segundo lugar, si los individuos eran **naturalmente** libres **e iguales**, el gobierno tenía que **fundamentarse en el asentimiento de aquellos a los que se extendía su autoridad**. Como escribía John Lilburne, uno de los primeros niveladores, en *La libertad del ciudadano justificada* (1646):

Es innatural, irracional, pecaminoso, perverso, injusto, demoníaco y tiránico, cualquiera que sea la condición del ser humano, bien sea espiritual o temporal, clérigo o laico, apropiarse y asumir para uno mismo cualquier tipo de poder, autoridad y jurisdicción, regir, gobernar o reinar sobre los hombres, cualquiera que sea su condición y en cualquier lugar del mundo, sin su libre consentimiento.

Se aducía, asimismo, que el gobierno tenía que rendir cuentas ante el pueblo, cuyos derechos pretendía proteger. Y esta responsabilidad implicaba la existencia de un gobierno representativo y la elección periódica de los miembros del Parlamento, que actuarían en su nombre. Los primeros liberales defendían incluso el derecho a la resistencia cuando la conducta de algunos componentes del gobierno, en especial la Corona, pusieran en peligro los derechos de los ciudadanos. De modo que la autoridad política revertía, según la frase de Locke, al «cuerpo del pueblo», donde se había originado. La comunidad podría establecer entonces una forma de gobierno más aceptable.

En tercer lugar, y dado que las personas compartían la dimensión de una conducta racional, para nada necesitaban un gobierno paternalista e injerente que regulara las particularidades de la conducta humana. Lo que de verdad se necesitaba era un gobierno que tuviera limitadas sus facultades y que salvaguardara imparcialmente los derechos individuales y, en consecuencia, otorgara al pueblo todas las oportunidades posibles para ejercitar su propia capacidad de raciocinio y aplicarla a las cuestiones más diversas. De lo que se deriva la demanda de protección constitucional para garantizar libertades constitucionales tales como la libertad de palabra, de asociación, de credo religioso, y la libertad de comprar y vender propiedades.

Muchos liberales consideraban este último derecho como el más importante. En su obra *Dos tratados*, Locke proclamaba que «el fin más alto y principal de los hombres que forman parte de un Estado libre asociado y se acogen a un gobierno es el de preservar su propiedad». La verdad es que, en vez de abogar por la democracia, Locke parecía haber centrado el criterio del derecho a la plena ciudadanía en el hecho de la propiedad. Según el esquema de Locke, sólo tenían derecho a elegir representantes al Parlamento los que poseían la riqueza'. De modo que, a pesar de oponerse a un gobierno arbitrario y estar a

Entre los estudiosos existe cierta controversia acerca del siguiente punto. C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford University Press, Oxford, 1968, sostiene que Locke quería restringir el voto a los terratenientes. James Tully, *A Discourse on Property: John Locke and his Adversaries*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980, describe a un Locke más radical que apoyaba el sufragio de los varones adultos. A mí me parece que, si bien Locke pudo haber favorecido un electorado más amplio que el que existía en Inglaterra en el siglo XVII, se inclinó, sin embargo, por la representación de los dueños de propiedades. Es decir, parece que en esta cuestión Macpherson está más acertado que Tully.

favor de la ampliación de las libertades civiles, Locke no contemplaba la posibilidad de que el grueso de la población ejerciera un poder político verdadero. Al refrendar los derechos de propiedad, Locke prefiguraba el «liberalismo de las clases establecidas»), característico de los *whigs* del siglo XIX.

Por el contrario, los niveladores iniciaron la corriente del liberalismo radical, que ya encontramos en la obra de Paine. Para ellos, como para Paine, la historia era tan sólo un registro de la explotación aristocrática. Su propuesta para corregir tal situación consistía en lo que ellos denominaban el «Acuerdo del Pueblo», que incorporaría los derechos universales del hombre. Si bien es discutible que propugnaran el sufragio universal, o quisieran excluir del mismo a los pordioseros y criados, apenas hay dudas en cuanto a que abogaban por una concesión del derecho al voto mucho más amplia de la que existía en Inglaterra en el siglo XVII. Lo cierto es que exigían una sociedad más igualitaria y responsable, razón por la cual algunos socialistas, entre los que se cuenta Tom Benn, consideran a los niveladores entre sus antecesores ideológicos⁶.

La objeción principal que los niveladores aducían contra el privilegio aristocrático era que reforzaba la estructura de la relación amo/sirviente, arguyendo que dicho sistema social era contrario a la condición natural del hombre como ser libre, racional e independiente. Una vez se hubieran abatido los impedimentos legales en cuanto a los privilegios, tal era su opinión, la gente común tendría la oportunidad de obtener los bienes suficientes para ser económicamente independientes. Más aún, los niveladores creían que la independencia económica les llevaría al progreso social, puesto que favorecería los valores de la autodisciplina y el respeto mutuo. Los hombres emancipados, así se aseguraba, ejercerían su juicio privado y su iniciativa personal de forma civilizada y ordenada, persiguiendo cada cual sus intereses particulares de forma que no violaran los derechos de los demás. De este modo subrayaban, con mayor vehemencia que Locke, el ideal que prevalecería en los escritos de los futuros liberales: la esperanza de una comunidad uniclasista de ciudadanos independientes y responsables, ocupado cada uno de ellos en sus propios asuntos y contribuyendo todos al bien común.

LA ECONOMÍA CLÁSICA

Los primeros liberales establecieron una íntima conexión entre la libertad y la propiedad privada. Locke consideraba al gobierno primordialmente como una especie de convenio para proteger los dere-

⁶ Tonny Benn, «The inheritance of the labour movement», en Chns Mullin (ed.), *Arguments for Socialism*, Penguin, Harmondsworth, 1980.

chos de propiedad, mientras que los niveladores eran contrarios a las estructuras que impedían que la gente común fuera económicamente independiente. Ambos querían limitar la actividad del gobierno al mantenimiento de un sistema legal que garantizara las libertades cívicas, y de modo especial la libertad de comprar y vender propiedades. Pero tendría que llegar el siglo XVIII para que se desarrollara una argumentación detallada que apoyara decididamente la separación entre el eobienio y la economía. separación que sancionaron los economistas Clásicos y, sobre todos ellos, el escocés Adam Smith (1732-1790). La *riqueza de las naciones* (1776), la obra más conocida de Smith, instaba denodadamente a la supresión de las limitaciones políticas para la adquisición de la riqueza.

Según Smith, la gente se dedicaba a cuestiones de tipo económico motivadas únicamente por su propio interés. Ahora bien, aunque a todos les moviera la intención de hacerse ricos, los bienes y servicios que ellos produjeran contribuirían al bienestar común. La empresa privada servía a la utilidad pública ya que promovía la prosperidad general y aseguraba tanihién una distribución de la riqueza más equitativa, lo que significaba que el gobierno no tenía otro cometido que o bien planificar el desarrollo, o bien coordinar de forma puntual los convenios de la actividad económica. Asimismo, cuando las desigualdades en la riqueza eran reflejo de un desequilibrio normal en cuanto al talento y el esfuerzo humanos, no competía al gobierno redistribuir los recursos derivándolos de los ricos a los pobres. Por consiguiente, la armonía y bondad del sistema de una economía competitiva no dependían de la normativa política, sino que más bien eran el resultado natural y espontáneo de las actividades de muchas personas dedicadas todas ellas a perseguir su propio interés. De modo que el gobierno debía limitarse a servir como telón de fondo: su tarea consistía en sustentar un marco legal que protegiera los derechos e intereses individuales. Smith amoldaba así los argumentos lib rales a favor de un gobierno limitado constitucionalmente y los reconvertía en la teoría económica del *laissez-faire*.

Al igual que los niveladores, los economistas clásicos creían que la independencia económica era fuente de los valores socialmente deseable~En su opinión, la empresa privada producía un cierto tipo de carácter humano. Las personas que tenían que hacer cálculos en interés propio dentro de un cntoi-no competitivo aprendían la importancia de una conducta prudente, sobria y moderada. Tal era el material con que se tallaba el prototipo de ciudadano.

Según los economistas clásicos, las personas de espíritu emprendedor que habían conseguido hacerse ricos ostentaban dichos valores de manera patente, pero era de esperar que los pobres hicieran también gala de los méritos que se asociaban a la competencia económica, algo que puede parecer sorprendente ya que los economistas aseguraban

que la gran masa de la población no podría librarse del trabajo duro ni de la pobreza, puesto que, se repetía, la escasez económica era un rasgo permanente de la condición humana. En su *Ensayo sobre el principio de la población* (1798), T. R. Malthus (1766-1834) indicaba que el crecimiento de la población impediría que los salarios de las clases bajas se elevaran por encima del nivel de subsistencia. Aun así, Malthus creía que los menos favorecidos económicamente podrían aliviar su penuria posponiendo el matrimonio hasta que pudieran permitirse mantener una familia. El mensaje era que las clases inferiores debían ayudarse a sí mismas practicando las cualidades de prudencia y autodisciplina, que normalmente son comunes entre los miembros más afortunados de la sociedad. He aquí una confirmación de lo que A. W. Coats ha descrito como «las potencialidades *burguesas* de los trabajadores~'actitud que estaba reñida con la creencia aristocrática de que el consuelo de los pobres debía depender de la caridad de los ricos.

Smith no era más optimista que Malthus en lo que respeta a erradicar la miseria de la condición humana. Reconocía, asimismo, que una división del trabajo en la que, dentro del proceso de producción, los obreros se limitaran a realizar tareas repetitivas y tediosas no induciría a la independencia de pensamiento. Sin embargo, al igual que los economistas clásicos, Smith subrayaba la función educadora como acicate para que las clases bajas emularan las costumbres y la apariencia de las clases medias. En su obra *La riqueza de las naciones* opinaba que un sistema educativo financiado públicamente reforzaría los lazos sociales:

Un pueblo inteligente e instruido [...] es siempre más comedido y disciplinado que si es ignorante y necio. Individualmente se sienten ellos mismos más respetados y con mayores posibilidades de ganarse el respeto de sus legítimos superiores. Por consiguiente, están más inclinados a analizar y tienen más capacidad para saber lo que se esconde detrás de las quejas interesadas de la discordia y la insurrección; y bajo este supuesto son menos proclives a caer en la trampa de cualquier oposición caprichosa e innecesaria contra las medidas del gobierno.

De modo que Smith, al igual que Malthus, pensaba que una sociedad sana era aquella en que, a pesar de las desigualdades económicas, existía una moral común de confianza en sí mismos y respeto mutuo.

REFORMA ADMINISTRATIVA

Los primeros liberales de principios del siglo XIX recalcaron sobre todo que una economía de *laissez-faire* no implicaba en modo alguno

⁷ A. W. Coats, «The classical economists and the labourer», en E. L. Jones y G. E. Mingay (eds.), *Land, Labour and Population*, Edward Arnold, London, 1967, pp. 100-130.

un gobierno débil o ineficaz. Lo cierto es que la economía de la libre competencia estaba produciendo a pasos agigantados una sociedad industrializada en la que un gran número de personas se apiñaba en las nuevas ciudades, razón por la cual el gobierno precisaba reforzar el ámbito administrativo y ordenancista en cuyo seno los individuos perseguían sus propios intereses. Paradójicamente, la empresa privada requería un aparato estatal sumamente complejo. A principios de la época victoriana se promulgó un gran número de leyes que iban, por ejemplo, desde la regulación de las minas y las factorías, a la beneficencia, la educación y la salud públicas. Todas estas reformas administrativas se inspiraron en el pensamiento de los autores que se conocieron bajo la denominación de utilitaristas, entre los que destaca Jeremy Bentham (1748-1832), el más conocido de todos ellos.

Bentham, despectivamente, se desentendió del primitivo concepto liberal de los derechos naturales, concepto que en aquel momento reafirmaban aquellos que, como Paine, apoyaban la independencia norteamericana y la Revolución francesa, calificándolo de «insensateces sobre zancos». Para él, especular sobre la condición natural de la humanidad no tenía sentido alguno. Pero sí era significativo el hecho de que todos y cada uno trataran de perseguir sus propios intereses.

En *Introducción a los principios de la moral y de la legislación* (1789), Bentham definía a los seres humanos como criaturas que, inevitablemente, perseguían el placer y evitaban el dolor buscando todos su bienestar privado. A veces, ya fuera por falta de información o por cortedad de juicio, hacían daño a sí mismos al calcular equivocadamente las consecuencias de sus actos. Y, precisamente por ello, el gobierno tenía sobre sí un cometido de vital importancia.

En opinión de Bentham, era función del gobierno contribuir a que las personas, en su búsqueda del placer, tomaran decisiones perfectamente informadas, a fin de asegurarse, hasta donde fuera posible, que las expectativas de cada cual con respecto a su propio interés lograban las consecuencias previstas. Su tarea consistía en promover la *utilidad* o, dicho de otro modo, la mayor felicidad para el mayor número de personas. Todo lo cual requería un nuevo tipo de política social basada en una ciencia de la felicidad, de modo que solamente cuando cada fragmento de la ley se hubiere diseñado para calcular el interés de cada individuo, en opinión de Bentham, el gobierno podría llegar a ser un instrumento utilitariamente eficaz. Aquí, precisamente, residía el impulso para una renovación radical del sistema administrativo y legal.

El objetivo principal del gobierno era el de apoyar a la empresa privada, salvaguardando los derechos de propiedad. Bentham opinaba que la estructura legal establecida no era la adecuada. La razón estribaba en que el sistema prevalente había surgido para hacer de contrafuerte a los privilegios aristocráticos, lo cual le convertía en anticuado, injusto y anticientífico. Bentham propuso distintas soluciones: defen-

dió un sistema utilitario de la ley de enjuiciamiento criminal, según el cual los eventuales delincuentes fueran plenamente conocedores de las penas que les esperaban por los delitos que cometieran. A tal fin, Bentham sugirió mejoras en el método de detección del crimen. Asimismo, en *El Panóptico* (1791), bosquejaba un plan para una prisión modélica: «una especie de molino que triturara a los bribones convirtiéndoles en hombres honrados, así como a los malvados en **laboriosos**». Las rutinas diarias de la prisión, y una mezcla de recompensas y castigos, no tenían otro fin que recordar a los prisioneros las consecuencias dolorosas de su conducta antisocial.

El crimen se circunscribía ante todo a los sectores más pobres de la sociedad, y a ellos era a quienes iba dirigida la mayoría de las medidas que Bentham propugnaba. Bentham, al igual que lo hicieran Smith y Malthus, opinaba que se debiera estimular a los pobres a que adquirieran hábitos de confianza en sí mismos, así como de cálculo racional, esos mismos hábitos que típicamente acompañaban a las clases económicamente pudientes. Al igual que Malthus, condenaba el sistema tradicional de la limosna como un anacronismo que hacía a los receptores de la caridad depender de la benevolencia de los ricos. Su *Esbozo de una obra titulada Gestión de la pobreza* (1798) proponía un sistema alternativo: una cadena de talleres bajo los auspicios de la Compañía Nacional de Caridad, organización lucrativa que dirigía su negocio de acuerdo con los principios de la libre empresa. Los talleres combinarían una rutina disciplinada con un nivel de vida inferior al de los trabajadores más pobres. De esta forma Bentham confiaba en que el miserable se volvería industrioso, prudente y seguro de sí mismo.

Junto con los conservadores, Bentham compartía la creencia de que un sistema público de educación elemental inculcaba, en los pobres, valores socialmente deseables, y también les enseñaría a calcular sus intereses a largo plazo. John Austin (1790-1859) prosiguió este tema en su obra *Determinación del ámbito de la jurisprudencia* (1832). Austin propuso que se debía instruir a los pobres en un conocimiento básico de los principios económicos. Una vez enterados de los argumentos de Malthus para demorar el matrimonio, por ejemplo, estarían más capacitados para ayudarse a sí mismos. Igualmente, una vez que supieran que las recompensas por su trabajo eran consecuencia de los efectos saludables del capitalismo, los pobres se sentirían menos agraviados por su condición, respetarían los derechos de propiedad y se abstendrían de cometer cualquier crimen. «Un pueblo ilustrado —aseguraba Austin— sería de mayor ayuda para el juez que un ejército de policías.» La reforma educativa se propugnaba, pues, bajo la base de que estimulaba al pueblo a perseguir sus intereses de una forma racional y ordenada.

Los utilitaristas compartían con los primeros liberales su aversión hacia el privilegio aristocrático y deseaban que todas las clases **adqui-**

rieran los valores que van asociados a la independencia económica. Sin embargo, a diferencia de buena parte de los primeros liberales, pensaban que era necesario un marco administrativo más articulado, si es que se quería persuadir al grueso de la población a que adoptara los hábitos y actitudes adecuados para la competencia económica. De modo que la reforma institucional se contemplaba como un prerequisite para la reforma moral de los pobres. La defensa de las mejoras administrativas condujo a los utilitaristas a abandonar el primitivo concepto liberal en cuanto a los derechos naturales. Sin embargo, mantuvieron el ideal liberal de una sociedad que tuviera como eje la moralidad compartida de la autodisciplina y el respeto mutuo, que atravesaba todas las fronteras clasistas.

DEMOCRACIA

Solemos referirnos hoy a la «democracia liberal» como si ambos términos fueran inseparables. Ahora bien, antes de finalizar el siglo XVIII pocos liberales fueron demócratas. Los liberales defendían un gobierno constitucional y representativo, pero no siempre abogaban por el sufragio universal. El «poder establecido», o lo que los liberales *whigs*, como Locke, deseaban, era restringir el derecho al voto sólo a las clases adineradas. Más aún, incluso los liberales radicales, que tanto ansiaban conseguir un gobierno más responsable y ampliar las libertades civiles, solían rehuir la idea de una auténtica soberanía popular.

Los liberales del siglo XVIII rechazaron el ideal democrático por diversas razones. En primer lugar, se aducía que quienes carecían de propiedades hablarían por boca de sus señores. En segundo lugar, utilizando un argumento que parece contradecir al anterior, se temía que los pobres pudieran apoyar las políticas revolucionarias. Finalmente, muchos liberales consideraban la tenencia de propiedades como un indicativo de competencia política, opinión que se derivaba de la convicción de que las clases medias ejemplificaban los valores de la ciudadanía modelica. Según esta línea argumentativa, el voto era una recompensa para aquellos que hubieran probado su valía ante la sociedad, consiguiendo la independencia económica. Su efecto fue el de limitar la ciudadanía plena a los propietarios y señores. He aquí por qué, en vez de pedir la democracia, los liberales del siglo XVIII abogaron por una *meritocracia*, que enlazaba la propiedad privada con el éxito económico.

Ahora bien, hacia finales del siglo XVIII los liberales comenzaron a postular la causa democrática. Algunos, como Paine, se sirvieron de la experiencia norteamericana para acabar con el mito de que la ampliación del derecho al sufragio precipitaría la revolución social. Lo que ahora decían era que los derechos naturales entrañaban asimismo

igualdad política y libertades civiles, es decir, el derecho de todos los ciudadanos a controlar el gobierno mediante su voto.

Los utilitaristas clásicos, aun cuando repudiaran la idea de los derechos naturales, también vinieron a apoyar el sufragio universal. La obra *Código constitucional*, que Bentham escribió hacia el final de su vida, proponía una república unicameral elegida por el pueblo. Y James Mill (1773-1836), su más ferviente partidario, en *Ensayo sobre el gobierno* (1828) postulaba que el sufragio de los varones adultos no resquebrajaría el tejido social, ya que la masa electoral, en vez de exigir políticas arriesgadas, «se sentiría segura, guiada por el consejo y el ejemplo de las clases medias». En opinión de Bentham y Mill, los gobiernos antidemocráticos frustraban la competencia económica al consolidar el privilegio aristocrático o, como Bentham gustaba de denominar, «los siniestros intereses». Por consiguiente, sólo el sistema de «un hombre, un voto» daría a todos y cada uno igualdad de oportunidades para defender sus intereses dentro del proceso político.

La lucha por la democracia permitió a los liberales del siglo XIX proclamar la doctrina de la ayuda propia por parte de los pobres. En una serie de artículos publicados en el *Nonconformist*, dirigido por Edward Miall (1809-1881), se describía el sufragio universal como una puerta que daba acceso al ideal liberal de una comunidad de ciudadanos que se autogobernaran. Dichos artículos se reeditaron bajo el título de *Reconciliación entre la clase media y la trabajadora* (1842) con una introducción de Joseph Sturge (1783-1859), adalid de las causas liberales como el antiesclavismo y la libertad de comercio, y, asimismo, aliado de Miall en la constitución del Movimiento a favor del Sufragio Universal.

El gran desiderátum es que todas las clases sociales encarrilaran sus conflictos de acuerdo con un autogobierno sistemático y no debido a las limitaciones legales. Pero los hombres nunca han gustado de ser autodisciplinados hasta que no han aprendido a respetarse a sí mismos, y hasta que no reciben de los demás el respeto al que tienen derecho [...]. Sitúalos donde les corresponde estar, dadles lo que se merecen, y a la vez que disipáis el principal cauante de la subordinación, les proporcionaréis el primordial aliciente para ser laboriosos, sobrios y pacíficos.

El mensaje estaba bien claro: la instrumentación del derecho al voto democrático disiparía el conflicto de clases, al extender los valores de la autodisciplina y el respeto mutuo a través de toda la sociedad. Los pobres, una vez que les hubieran concedido el derecho al voto, se sentían moralmente elevados y políticamente apaciguados.

El tema de la elevación moral impregna todos los escritos de John Stuart Mill (1806-1873), que es quizás el más grande de los pensadores liberales. Aunque era hijo de James, el joven Mill cuestionó el utilitarismo de su padre y el de Bentham debido a que glorificaban la

prosecución del interés material propio. En su obra *El utilitarismo* (1863) intentó corregir este error incluyendo, en la búsqueda de la felicidad, el propio perfeccionamiento. Los individuos moralmente conscientes e intelectualmente cultos se sentían más satisfechos que los que sólo perseguían la riqueza. Más aún, las personas virtuosas y moralmente fuertes aportaban una inmensa contribución a la felicidad y al progreso de la sociedad. La obra de Mill *Sobre la libertad* (1859) constituía un alegato elegante en favor de una sociedad abierta, tolerante y plural en la cual las personas encontrarían el estímulo para desarrollar su propio talento. En general la obra está considerada como una declaración clásica de la defensa liberal de la libertad individual. Según Mill, el gobierno sólo podría restringir la libertad en el caso de que la conducta de algunos pudiera amenazar la vida o la propiedad de otros. Cualquier otro tipo de restricciones políticas a la libertad del individuo no conseguiría otra cosa que poner trabas a la iniciativa privada y coartar la formación de la personalidad.

El interés de Mill por el perfeccionamiento moral impregna todas sus opiniones con respecto a la democracia. Sus *Principios de economía política* (1848) identificaban dos actitudes dominantes en la época intermedia de la era victoriana por lo que respecta a las clases bajas: «una, la teoría de la dependencia y protección y, otra, la de la autodependencia». Mill censuró a las instituciones establecidas en Gran Bretaña, en especial al Partido Conservador por su anterior adhesión al paternalismo benefactor. Resultado de todo ello fue, como Mill puntualiza en *La civilización* (1836), que las clases dirigentes no pudieran ofrecer ninguna estrategia para «conseguir que las masas fueran más cultas y mejores». Ahora bien, para Mill sí había una estrategia, y ésta era la de instaurar el sistema de votación democrática.

La defensa que Mill hacía de la democracia era harto compleja. Propugnaba el voto de los varones adultos y, contrariamente a sus predecesores liberales, defendía el sufragio femenino. Sin embargo, temía que la soberanía popular «impusiera una política egoísta, caprichosa e impulsiva, de cortas miras, ignorante y llena de prejuicios. He aquí por qué, como medio para evitar dicho riesgo, Mill propusiera atemperar la democracia valiéndose del tipo de criterio meritocrático que aprobaron los liberales del siglo XVIII. Todos los adultos, a excepción de los analfabetos, tendrían derecho de plena ciudadanía a través de las urnas. Ahora bien, la democracia había de inclinarse a favor de los miembros más instruidos de la sociedad. Mill, al igual que los primeros liberales, consideraba el éxito económico como piedra de toque de la ilustración y la competencia política. En consecuencia, proponía un sistema de voto plural, por el que los sectores profesionales y pertenecientes al comercio tuvieran un número mayor de votos que los trabajadores manuales, confiando en que bajo dicho sistema la mayor

influencia política de los sectores más válidos contrarrestara la posible tendencia a aprobar políticas mediocres.

Algunos comentaristas han criticado el elitismo de Mill en cuanto a pensador liberal. De hecho, Mill creía que la instrumentación de políticas sólidas estimularía el progreso moral e intelectual de las clases populares. La incertidumbre que se planteaba era la de que la minoría ilustrada podría ver su liderazgo en peligro por el hecho de fomentar la moralidad y la independencia de pensamiento a través de todo el cuerpo político. En este sentido, el sistema político híbrido que Mill proponía trataba de promover la meta liberal de autogobierno a lo largo y ancho de la sociedad.

Mill defendió otras medidas para lograr el mismo fin. Abogaba por una estructura de gobierno local más participativa, por un sistema educativo para las clases trabajadoras supervisado por el Estado. Los *Principios de economía política* contenían argumentos en apoyo de una economía estacionaria en la que la frugalidad **desplazaría** a la competencia sin límites para obtener los escasos recursos. Pareja a esta propuesta estaba su demanda para conseguir que un número mayor de personas fuera económicamente independiente mediante un impuesto sobre la herencia. Una vez que se apartara a la gente de su incesante lucha por ser ricos, podrían colmar sus aspiraciones humanas cultivando libremente «los atractivos de la vida». En esta misma obra Mill defendía los esquemas de participación de la clase trabajadora en los beneficios industriales, así como de las organizaciones cooperativas. En su opinión, tales proyectos **provocarían** una «revolución moral» por la que los trabajadores, imbuidos de un «nuevo sentimiento de seguridad e independencia», proseguirían el fomento de un espíritu de armonía interclasista. De suerte que, a través de sus obras, Mill reafirmó la ideología liberal de una comunidad uniclasista de ciudadanos autodisciplinados y **socialmente** responsables.

NACIMIENTO DEL ESTADO DEL BIENESTAR

El período que va de 1880 a 1940 fue extraordinariamente fructífero para la maduración de las ideas liberales. Como ya hemos visto, hasta entonces los liberales solían abogar por un doble remedio para curar los males de la sociedad: la abolición de los privilegios **aristocráticos**, conjuntamente con la rehabilitación moral de los pobres. Se pensaba que de este modo todos los grupos sociales quedarían equipados con los valores idóneos y precisos para una economía competitiva. Ahora bien, a finales del siglo XIX los liberales comprendieron que se precisaban nuevos remedios para resolver los crecientes problemas de una sociedad industrial cada vez más compleja, de modo que empezaron a apoyar una mayor actividad **intervencionista** por parte del

Estado, al objeto de corregir las deficiencias de la empresa privada. Su consecuencia inmediata fue la de socavar la primitiva creencia liberal en la armonía natural y en la bondad de una economía de libre mercado. A finales de dicho período los liberales habían abandonado los ideales del *laissez-faire* y, por el contrario, apremiaban al gobierno instándole a la acción, a fin de coordinar la actuación global de la economía y, a la vez, suministrar los bienes y servicios que el mercado capitalista era incapaz de satisfacer. Resumiendo, al llegar a este punto los liberales apoyaban tanto una *economía mixta* como un *programa de bienestar social*.

La convicción de que la sociedad podía perfeccionarse por medio de un gobierno más fuerte no carecía de antecedentes en el pensamiento liberal más temprano. El utilitarismo de Bentham había creado un clima ideológico muy receptivo a la idea de la reforma administrativa. Según Bentham, para consolidar los principios de la libre empresa eran esenciales ciertas políticas rectamente concebidas. La desconfianza liberal hacia el Estado se vio asimismo socavada por el énfasis que se ponía en la personalidad del individuo, y J. S. Mill, en particular, acentuaba especialmente la responsabilidad que cabía al gobierno para fomentar una sociedad en la que todos los ciudadanos pudieran dar lo mejor de sí mismos.

La idea de que el Estado debería eliminar los obstáculos para el propio perfeccionamiento personal fue central en la argumentación del filósofo de Oxford T. H. Green (1836-1882). De acuerdo con él, la libertad no podía limitarse a salvaguardar la vida y la propiedad, sino que abarcaba la capacidad de poder cumplir cabalmente todo el potencial del ser humano. De suerte que el principio liberal de igualdad de derechos ante la libertad sólo se podría instrumentar cuando todos los ciudadanos tuvieran la oportunidad de llevar una existencia digna de tal nombre. Pero el pobre que habitaba en las ciudades y luchaba por mantenerse con vida no tenía libertad alguna para enriquecer su sensibilidad moral, ni tampoco otros atributos de la condición humana. Razón por la cual el Estado, en su condición de guardián del bienestar común, tenía el deber de liberar a los pobres de la ignorancia, la falta de moderación, la enfermedad, la suciedad y la degradación que sufrían en las fábricas. La tarea del gobierno, aseguraba Green en su famosa conferencia «Legislación liberal y libertad de contratación» (1881), consistía en «mantener las condiciones sin las cuales el ejercicio libre de las facultades humanas sería imposible».

Green no contemplaba un programa en el que el gobierno tuviera muchas competencias, pues atribuía las sórdidas condiciones en que vivían los menesterosos de las ciudades a las secuelas del paternalismo aristocrático, sobre todas las demás cosas. Así pues, al igual que la mayoría de los antiguos liberales, creía que la mayor parte de las ventajas de que gozaba la empresa privada podría salvaguardarse estable-

ciendo un impuesto sobre la herencia. Más aún, su creencia de que se hacía precisa una política especial para garantizar la floración de la personalidad de todos los seres humanos propició, por cierto, el estímulo para una reforma social. Siguiendo el pensamiento de Green, Arnold Toynbee (1852-1883), en una conferencia que llevaba por título «¿Son socialistas los radicales?» (1882), emplazaba al Estado a que permitiera que los más necesitados tuvieran «acceso a una vida más libre y mejor», lo que equivalía a decir que el Estado tenía que redimir a los pobres de las miserables condiciones de vida en que se debatían. En opinión de Toynbee, la legislación liberal habría de tomar un rumbo equidistante entre el paternalismo de los conservadores y el colectivismo de los socialistas, lo que significaba finalmente que el principal objetivo de la reforma social era el de conseguir la autoestima personal.

La regeneración moral de los pobres era una cuestión ya habitual entre los liberales. Ahora bien, a partir de los años 1880, dicha cuestión adquirió un nuevo significado debido a la creencia de que el progreso social haría posible que mejoraran las circunstancias materiales de las masas. Muchos liberales buscaron en la ciencia social la confirmación de esta tendencia evolutiva hacia una *forma* superior del capitalismo. Alfred Marshall (1842-1924) fue uno de los pioneros, al incorporar dicha visión optimista dentro del marco económico. Los economistas clásicos siempre habían creído que la escasez material era inevitable y no vislumbraban ningún progreso visible para conseguir que los pobres ascendieran por encima del nivel de subsistencia. Por el contrario, Marshall sostenía que era posible establecer una plataforma de bienestar material por encima de la línea de pobreza. Según él, la causa estribaba en que las fuerzas productivas del capitalismo eran ahora mucho más eficaces. Su ensayo «El futuro de las clases trabajadoras» (1873) auguraba un progreso gradual «hasta diluirse la diferenciación oficial entre un obrero y un caballero, hasta que, conseguido finalmente un modo de vida, todo hombre sea un señor». La idea de Marshall de una sociedad de caballeros venía a incidir en la antigua y esperanzadora creencia liberal de que los pobres podrían adaptarse y adoptar el estilo de vida de las clases económicamente pudientes. La diferencia consistía en que ahora la convicción de Marshall en una sociedad uniclasista se podía sustentar en unos salarios más altos, mejores condiciones de trabajo y más tiempo libre.

Marshall abogaba por un Estado más fuerte al objeto de consolidar las ventajas del progreso económico. Si el gobierno atacaba de lleno la pobreza y la ignorancia, podía contribuir a que las clases trabajadoras participaran en una sociedad rica material y culturalmente, una sociedad donde «se desarrollaran hasta su plenitud las energías y actividades de todos y cada uno de los hombres». La obra de Marshall *Principios de economía* (1890) fue una tentativa de transformar la

economía en una ciencia del bienestar humano, equipada para originar propuestas que aseguraran que la pobreza no impediría que ningún ciudadano alcanzara la plenitud de su condición humana. Sólo entonces, así lo esperaba Marshall, el capitalismo culminaría su promesa de una sociedad de ciudadanos confiados en sí mismos, compitiendo con éxito en una economía de mercado y contribuyendo todos al bienestar común.

La fe de Marshall en el progreso benefactor de la sociedad fue compartida por los dos gigantes intelectuales del nuevo liberalismo: L. T. Hobhouse (1864-1929) y J. A. Hobson (1858-1940). Tanto Hobhouse, quien en 1907 fue nombrado primer profesor británico de sociología, como Hobson, de profesión economista, buscaban, al igual que Marshall, comunicar credibilidad científica a la idea de la evolución social. Se aseguraba que el progreso social se haría patente con la implantación de una moralidad más elevada: un cambio de dirección que pasaba de la competitividad y el egoísmo a la cooperación y el altruismo. En su opinión, este nuevo espíritu de buena voluntad se pondría de manifiesto en la expansión de los valores democráticos y el apaciguamiento de la lucha de clases.

El Estado tenía por cometido conseguir que las tendencias sociales progresistas pasaran a constituir una política reflexiva e intencionada. En la obra de Hobhouse *Democracia y reacción* (1905) se legitimaba un Estado más activo basándose en el nuevo consenso social que apelaba a «un sentimiento más firme de la responsabilidad colectiva y a un deseo más acertado en lo referente al empleo de los recursos colectivos y el poder organizado de la comunidad en favor de las necesidades públicas». Una de sus consecuencias fue echar por tierra la primitiva afirmación liberal sobre los sacrosantos derechos de la propiedad privada. En un ensayo titulado «La reafirmación de la democracias» (1902), Hobson arguye que no era posible que el Estado dejara intacta la totalidad de la riqueza privada. Por el contrario, el carácter evolutivo de la solidaridad comunitaria «refuta por completo la idea de que la propiedad es un derecho inherente al individuo, al demostrar que nadie puede hacer o apropiarse de ningún valor sin la participación directa y continuada de la sociedad»). Lo cual equivale a decir que el gobierno, mediante una política tributaria, puede utilizar una parte de los recursos económicos de la sociedad para asegurar, por ejemplo, salarios mínimos, asistencia sanitaria, pensiones a la vejez y demás beneficios sociales.

Hobson trataba de habilitar una base económica para justificar el incremento de la actividad del gobierno, mediante su teoría del subconsumo, que desarrolló en *La evolución del capitalismo moderno* (1894), *Estudio del imperialismo* (1902), *Trabajo y riqueza* (1914), etc. El capitalismo irrestricto, mantenía Hobson, era ineficaz a la vez que inhumano. lo que se hacía patente en las crisis periódicas por las

que atravesaba el capitalismo, cuando la plaga del desempleo se agravaba con el desplome de la demanda. La causa estribaba en que las fuerzas del mercado tendían a concentrar el poder adquisitivo en manos de una minoría pudiente, ya ahíta por el exceso de productos de consumo. Un efecto indeseable del consumismo era la búsqueda de mercados exteriores mediante la agresión imperialista. Pero la solución correcta al subconsumo era que el Estado canalizara una parte de ese exceso de abundancia de que disfrutaban los ricos en forma de salarios de subsistencia y de servicios sociales adecuados para la gente común. La clase trabajadora, dotada así de una nueva capacidad adquisitiva, estaría en condiciones de aumentar la demanda de bienes. De esta forma, al promover la justicia social, se contribuiría a eliminar las crisis cíclicas del capitalismo.

Hobhouse y Hobson pusieron mucho celo en recalcar su nexo con el liberalismo tradicional, aunque reconocían su distanciamiento de la economía clásica. La clave estribaba en el concepto de *igualdad de oportunidades*, tal como lo describió Hobson en *La crisis del liberalismo* (1909), en el sentido de «oportunidades iguales para el autodesarrollo». Un gobierno más activo no equivalía en modo alguno a imponer igualdad de ingresos y de riqueza, con la consiguiente asfixia de la iniciativa individual. Antes bien, el objetivo era proporcionar una base de bienestar material por debajo del cual nadie pudiera caer en la degradante pobreza. Su efecto sería el de reforzar la libertad personal, ya que todos los ciudadanos podían amoldar la estructura de sus vidas de acuerdo con su capacidad y preferencias personales. Como señalara Hobson en su obra *El liberalismo* (1911), la meta del bienestar social era la de «poder orientar uno mismo su propia personalidad». Por consiguiente, el capitalismo modificado propiciaría la base económica para que cada uno tuviera la oportunidad de hacer suyos los valores del autogobierno que los liberales habían tenido siempre en tanta estima.

El mensaje que se derivaba de los textos de Hobhouse y Hobson era que la sociedad podía mejorar moral y económicamente mediante una muy severa economía política. Dos hombres, John Maynard Keynes (1883-1946) y William Beveridge (1879-1963), fueron los principales responsables de trazar la clase de política que se precisaba para instrumentar el ideal del capitalismo social. Keynes es reconocido hoy como el artífice de la economía mixta. Su misión, según expresó Keith Middlemas, fue la de «salvar del naufragio al sistema capitalista de la manera más humana»⁸. En su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), Keynes argumentaba que el Estado debía

⁸ Keith Middlemas, *Politics in Industrial Society: The experience of the British System since 1911*, André Deutsch, London, 1980, p. 220.

asumir la responsabilidad centralizada del pleno empleo, los precios estables y la prosperidad económica. Un Estado intervencionista, opinaba Keynes, ampliaría «el ámbito de las opciones personales» saneando a la empresa privada de los ((defectos y abusos» que sofocaban el potencial humano de muchos ciudadanos.

Por otra parte, Beveridge abogaba por ampliar el complejo entramado del bienestar social. Lo que se precisaba, escribía en *Por qué soy liberal* (1945), era utilizar el «poder organizado de la comunidad» a fin de «poner fin a las necesidades, enfermedades, miseria, ignorancia y desempleo masivo». Fue Beveridge quien, en los informes publicados durante los años 1940, sentó las bases para el esquema de la seguridad social de posguerra.

Tanto Keynes como Beveridge creían que el liberalismo era la ideología que tenía más posibilidades de fomentar el conocimiento pragmático y la preocupación desinteresada necesarios para poner cura a los males de la sociedad. «El papel relevante del liberalismo como creencia política — proclamaba Beveridge — es que únicamente le preocupa el interés general.» Ambos autores creían, siguiendo la misma tradición de J. S. Mill y otros liberales de la primera época, que el progreso social estaría mejor supervisado por una minoría que simbolizara los valores ciudadanos. No obstante, para ellos, lo que Keynes denominó la «*burguesía educada*» estaría compuesta por una elite tecnocrática y benefactora: una meritocracia administrativamente competente, capaz de proporcionar una forma de capitalismo superior donde estuvieran asegurados los intereses de todas las clases sociales. Keynes dejó bien claras sus simpatías por el liberalismo en un discurso bajo el título de «Liberalismo y laborismo» (1926):

El problema político de la humanidad consiste en combinar tres ingredientes: Eficacia Económica, Justicia Social, y Libertad Individual. El primero precisa crítica, cautela y conocimiento técnico; el segundo, un espíritu generoso y entusiasta que ame al hombre común y corriente; y el tercero, tolerancia, amplitud de miras, valoración de las excelencias de la variedad y la independencia, y que prefiera, por encima de ninguna otra cosa, ofrecer oportunidades sin ningún tipo de obstáculos a quien es excepcional y tiene aspiraciones. El segundo ingrediente constituyó el mayor logro del gran partido del proletariado, pero el primero y el segundo requieren las cualidades del partido que por su tradición y añejas afinidades ha sido el hogar del Individualismo Económico y de la Libertad Social

En cuanto al futuro, la previsión que los dos pensadores compartían era la de una sociedad libre de conflictos y convenientemente dirigida, en la cual los individuos pudieran dar lo mejor de sí mismos dentro de un contexto de prosperidad expansiva y diversidad cultural. Para ambos el liberalismo ofrecía la esperanza más sólida de inaugurar una época de planificación pública más amplia, y donde se fomentaran los méritos del autogobierno.

¿HA FALLADO EL LIBERALISMO?

DECLIVE ELECTORAL Y CAMBIO IDEOLÓGICO

El presente siglo ha asistido a la caída del Partido Liberal británico. En el siglo XIX, cuando los gobiernos eran unas veces conservadores y otras liberales, el partido obtuvo su fuerza electoral a partir de un conjunto de intereses comerciales e industriales cuya oposición a los privilegios aristocráticos se expresaba en un inconformismo religioso⁹. Ahora bien, hacia finales de siglo las lealtades electorales empezaron a consolidarse en torno a la división de clases. El Partido Liberal se sintió entonces comprimido entre sus dos principales adversarios: el Partido Conservador, que defendía los derechos de la propiedad establecida, y el Partido Laborista, que abanderaba las peticiones de los pobres. He aquí por qué, a pesar de la oleada de reformas sociales que tuvieron lugar en una época de gobierno liberal, entre 1905 y 1914, la Primera Guerra Mundial anunció el paso del partido al ostracismo político. Hoy día, el Partido Liberal constituye, con gran diferencia, la tercera fuerza política británica, pero lo que a nosotros nos interesa es que su declive electoral suele atribuirse a algún tipo de fallo ideológico.

La argumentación se centra en la transformación del liberalismo a finales del siglo XIX. El primer liberalismo, o liberalismo clásico, como ya vimos, se asociaba a la idea de un Estado **minimalista**, es decir, la creencia de que únicamente la economía de libre mercado, sin interferencias políticas, podía salvaguardar los derechos y libertades individuales. El liberalismo moderno, o posclásico, por el contrario, defiende ciertas medidas para la supervisión estatal de la economía y también para liberar a las personas de las intolerables condiciones sociales. El problema estriba en que, según muchos comentaristas, entre el antiguo y el moderno liberalismo hay un vacío insalvable.

La nueva formulación del liberalismo, a finales del siglo XIX, se ha expresado de distintas formas. Algunos comentaristas la describen como una transición del *individualismo* al *colectivismo*. Los primeros liberales, dicen, veían la sociedad como un conjunto de individuos autosuficientes, donde cada uno de ellos era responsable de los éxitos y fracasos de sus vidas. Para los liberales clásicos, escribe el profesor Hobsbawm, «el mundo humano constaba de átomos contenidos en sí mismos, con ciertas pasiones e impulsos inamovibles, y todos ellos tratando de maximizar las satisfacciones y minimizar las **zozobras**»¹⁰.

⁹ Véase John Vincent, *The Formation of the British Liberal Party 1857-1868*, Penguin, Harmondsworth, 1972.

¹⁰ E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution: Europe from 1789 to 1848*, Abacus, London, 1977, p. 286.

Esta era la razón de que los liberales identificaran una esfera propia de derechos inamovibles, específicamente el derecho a la propiedad privada, que era inmune a la interferencia del gobierno. Por el contrario, se dice de los liberales modernos que están casados con la perspectiva de una sociedad colectivista. Reconocen que no se puede culpar totalmente a las condiciones sociales insufribles, por el fallo de las personas, ya sea en lo que atañe a su talento o a su empeño. La sociedad aseguran, es un todo interconectado y no un colectivo de individuos aislados, razón por la cual el Estado tiene el deber de asumir toda la responsabilidad en lo que se refiere al bienestar común.

También se ha expresado la diferencia entre el viejo y el nuevo liberalismo sugiriendo que ambos fueron contruidos, tal como se expresa sir Isaiah Berlin en su famosa conferencia, en tomo a «Dos conceptos de libertad»¹¹: la *libertad negativa*, por la que se asume que los individuos son libres en tanto en cuanto pueden hacer lo que quieren sin interferencia alguna, y la *libertad positiva*, que defiende que la noción de libertad comprende la oportunidad de que los ciudadanos den lo mejor de sí mismos. De hecho, los propios liberales hablan a veces del giro ideológico desde su creencia en una libertad negativa hasta pasar a una libertad positiva. Tales fueron los términos que eligió, por ejemplo, Herbert Asquith (1852-1928), quien en el futuro sería primer ministro liberal, en su intento de explicar la diferencia entre el primer liberalismo, con su oposición al privilegio aristocrático, y el liberalismo moderno, que persigue que el gobierno promocióne el bienestar social. Como escribió Asquith en la introducción a la obra *El liberalismo* (1902), de Herbert Samuel:

Libertad es un término en desarrollo porque en cada generación adquiere y se alimenta de un contenido nuevo y más extenso. Para los primeros reformadores era un símbolo de antagonismo y casi de negación: significaba la erradicación de los grilletes, la emancipación, tanto individual como comunitaria, de los errores legales y constitucionales. El abandono de los criterios religiosos, la apertura de las corporaciones municipales y de la magistratura: el reconocimiento del *status* legal de los sindicatos (por citar sólo algunos ejemplos ilustrativos), fueron todos ellos zancadas en el camino que llevaba a la supresión pacífica de los privilegios feudales y medievales que en otros lugares habían sucumbido bajo el influjo irresistible y con frecuencia devastador de una marea revolucionaria. Son cosas que no admiten argumentación posible, pero, al crecer en experiencia, la opinión más madura ha venido a reconocer que la Libertad (en su sentido político) no sólo es un concepto negativo, sino también positivo. En su auténtico significado, la Libertad no puede predicarse ni de un individuo ni de una sociedad sólo por el hecho de que no estén coaccionados por limitaciones que

¹¹ Reimpreso en Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, Oxford, 1969 [ed. esp., *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza, Madrid, 1988], y en Anthony Quinton (ed.), *Political Philosophy*, Oxford University Press, Oxford, 1967. [Ed. esp., *Filosofía política*, FCE, México, 1974.]

hayan sido sancionadas por la ley positiva. Para ser realmente libres han de estar en condiciones de extraer el mejor empleo posible de sus facultades y oportunidades, de sus energías y de sus vidas. Es en esta visión completa del verdadero significado de la Libertad donde encontramos el ímpetu gubernativo en las últimas formulaciones del liberalismo en todo lo referente a la educación, templanza, mejores viviendas y fomento del entorno social e industrial.

Algunos comentaristas han considerado que lo que Asquith denominaba «una visión completa del auténtico significado de la libertad» es una conversión lo bastante honda como para hacer del nuevo liberalismo una ideología lejana, radicalmente reñida con su antecesora del liberalismo clásico.

Ciertos historiadores sostienen que este giro ideológico señaló el colapso del liberalismo, y aseguran que el liberalismo del siglo XX ha tocado fondo arrastrado por la marea de la historia. Tal es la opinión que se contiene en los títulos de un libro y una conferencia del profesor Harold Laski: *El desarrollo del liberalismo europeo* (1936) y *El ocaso del liberalismo* (1940). Su argumentación es que el liberalismo clásico consistía en un conjunto rotundo de creencias que representaban el espíritu de la época. Los liberales, cuya mayor preocupación era acabar con el ya caduco privilegio aristocrático, idearon razones de fuerza en apoyo de una competencia económica sin trabas, de modo que en sus días de apogeo el liberalismo se ganó la confianza de una clase social que estaba a punto de obtener un gran ascendiente social y político: la *burguesía*. Ahora bien, debido a que los primeros liberales estaban tan aferrados a la idea de un gobierno minimalista, sus sucesores no pudieron desprenderse con facilidad del ideal del *laissez-faire*: sencillamente, no fueron capaces de aducir razones sólidas para defender un Estado intervencionista, lo que trajo como resultado que su ideología se desmembrara en una ajada mezcla de creencias llenas de remiendos.

Frente al cargo de que el liberalismo está hoy agotado, cabe hacer dos objeciones. En primer lugar, cualesquiera que sean las razones de los descalabros electorales del Partido Liberal tras la Primera Guerra Mundial, no puede decirse que los liberales fueran apeados porque su ideología estuviera moribunda. Lo cierto es que, como ya vimos, los liberales representaron un papel clave en la formulación de los fundamentos conceptuales del bienestar social y de la economía mixta. Paradójicamente, el eclipse del Partido Liberal se produjo cuando las ideas liberales estaban ganando la estimación general: tanto el Partido Conservador como el Laborista adoptaron ideas formuladas por Hobhouse, Hobson, Keynes, Beveridge y otros liberales. La previsión liberal de una sociedad técnicamente eficaz y exenta de conflictos, en la cual se garantizara una prosperidad expansiva y una amplia opción de productos de consumo, constituyó la base de un consenso ideológico

al que se adhirieron todos los partidos entre 1945 y la década de los sesenta. Este consenso, esencialmente liberal, sólo se ha resquebrajado en los últimos años en que los conservadores resucitaron el ideal del *laissez-faire* y el Partido Laborista comenzó a desplazarse hacia la izquierda. Aun ahora, como indica el nacimiento del Partido Socialdemócrata, muchas personas todavía prefieren ver el mundo a través de la óptica keynesiana.

En segundo lugar, los que suponen que el liberalismo está hoy anticuado pasan por alto la continuidad entre las versiones clásica y moderna de la ideología. Los liberales del siglo XX defienden el Estado de bienestar dando por supuesto que a todos proporciona la opción de desarrollar sus capacidades humanas. Pero, como hemos visto, los primeros liberales no estaban menos deseosos por acrecentar las oportunidades de una conducta racional y moral por parte de todos los ciudadanos. Qué duda cabe de que los primeros y los últimos liberales han defendido programas distintos para lograr el ideal de una comunidad uniclasista de ciudadanos que se gobiernen a sí mismos, y precisamente la persistencia de este ideal configura un puente firme y resistente entre el liberalismo clásico y el moderno.

EL CARÁCTER VULNERABLE DEL LIBERALISMO

Aunque el liberalismo moderno no está ideológicamente agotado ni es incoherente, lo cierto es que los programas políticos de sus adversarios gozan hoy de un mayor apoyo electoral. Además, con harta frecuencia dichos programas se han elaborado mediante incursiones a ideas que, como la competencia económica y el bienestar social, formularon inicialmente los liberales. El liberalismo, que desde sus comienzos se ha aliado con los avances sociales progresistas, es especialmente vulnerable a este tipo de pillaje ideológico; por consiguiente, puede ocurrir que la tenacidad de la imagen liberal de sociedad contribuya a explicar por qué el Partido Liberal moderno está en desventaja en las previsiones electorales.

La historia del liberalismo pone de manifiesto un ímpetu pertinaz por civilizar la sociedad capitalista haciendo *burgueses* a todos sus miembros, es decir, personas moral y económicamente independientes y gozando de los mismos derechos. Los liberales, imbuidos por este ideal, gravitaban, naturalmente, en el centro de la arena política ya que trataban de mediar entre las pretensiones rivales del capital y del trabajo. De una parte, los liberales proclamaban los méritos de la empresa privada aun cuando renunciaban a cualquier forma de privilegio clasista y, de otra parte, perseguían hacer llegar a los pobres la seguridad material y las oportunidades culturales. Por el contrario, los Partidos Conservador y Laborista están más estrechamente relacionados con

determinados intereses sectoriales y ambos han buscado apoyo electoral, al menos parcialmente, descartando la idea liberal de una sociedad capitalista y uniclasista, por considerarla una creencia nacida sólo del deseo.

La objeción que los socialistas hacen al liberalismo no es que su meta de la igualdad de derechos ante la libertad sea indeseable, ni que no se pueda cumplir, pues lo cierto es que los socialistas, al igual que los liberales, tienen la esperanza de establecer una sociedad donde todo el mundo goce de plena libertad para conseguir lo mejor de sí mismo: una sociedad que acreciente la autonomía individual o, como dice Karl Marx, garantice «el cabal desarrollo del individuo». Lo que los socialistas aducen es que el programa liberal es insuficiente para *instrumentar* el ideal que con ellos comparten. Un sistema de competencia económica como el que defienden los liberales desde el siglo XVII es incapaz de dotar a las personas que en él participan de las mismas oportunidades que les permitan llevar una existencia libre y digna de tal nombre. Las fuerzas del mercado, aseguran los socialistas, conducen de forma inexorable a la polarización en una estructura de dominio y sumisión, en la que las clases acomodadas disfrutan de todos los privilegios a costa de los que no son ricos. Por consiguiente, la libertad capitalista es una ficción, es la «libertad» de una minoría rica y poderosa para explotar a sus conciudadanos.

Esta crítica al liberalismo tiene una larga tradición que se remonta a través de los escritos de Marx hasta los de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). El liberalismo, argumentan Rousseau y Marx, se basaba en una contradicción. Por un lado, propugnaba el ideal de una ciudadanía donde todos disfrutaban de los mismos derechos y adquirirían los valores cívicos que les harían preocuparse por el bien común. Ahora bien, por otro lado, los liberales abogaban por un sistema económico que contenía los valores de la competencia y el egoísmo. Su efecto, dado que la realidad diaria se limitaba a la estructura económica (que Rousseau y Marx denominaron sociedad civil), fue convertir el ideal de la ciudadanía en una abstracción imposible de instrumentar. De hecho, decían Rousseau y Marx, el Estado no podía salvaguardar imparcialmente los derechos y libertades de sus ciudadanos. Antes bien, la protección legal que brindaba a la propiedad privada servía para consolidar las diferencias de riqueza y poder que se derivaban de la acción de las fuerzas del mercado. En su opinión, las reglas de orden político que los liberales apoyaban, estaban conculcadas, ya que los dados se cargaban sistemáticamente a favor de la riqueza.

Para los socialistas, el problema que plantean los liberales es el de alentar una gran ilusión: la creencia de que puede asegurarse la libertad humana mediante un entramado de derechos legales y libertades políticas. Lo cierto es que, según los socialistas, el programa liberal se limita a cambiar el dominio de una clase, la aristocracia, por otra, la

de la *burguesía*. La solución socialista consiste en complementar la igualdad política con una considerable igualdad económica. El ideal liberal de libertad para todos los hombres sólo culminará finalmente cuando la sociedad en su conjunto dirija la economía de modo que sirva a las necesidades de todos y cada uno.

El presente siglo ha sido testigo de la convergencia entre el liberalismo occidental y el socialismo: los modernos liberales han rechazado la idea del *laissez-faire*, mientras que la mayoría de los socialistas han abandonado su esperanza de un cambio social revolucionario. Muchos socialistas concuerdan hoy, junto a los liberales, en que el bienestar social y la economía mixta han hallado la manera de combinar un equilibrio adecuado entre el tipo de adquisición de la riqueza que preconizan los liberales, por un lado, y, por otro, la clase de regulación económica que se encuentra en algunos países del Este europeo. Ahora bien, dado que el liberalismo estuvo durante tanto tiempo asociado con el ideal de un capitalismo sin trabas, los actuales exponentes de dicha ideología son muy vulnerables a la acusación de estar más interesados en defender los derechos de propiedad que en promover la justicia social. Los socialistas, que nunca han apoyado la economía de libre mercado, tienen más posibilidades de presentarse ante el electorado como los auténticos custodios de los intereses de los pobres y de los menos privilegiados.

Los socialistas han atacado a los liberales por haberse negado a respaldar la igualdad económica. Por el contrario, los conservadores han ofrecido una defensa de la desigualdad más sólida que la de los liberales. Los conservadores, al igual que los socialistas, reconocen que las fuerzas del mercado fraguan en una estructura clasista en la que los más acomodados gozan de privilegios culturales. Pero, mientras que los socialistas condenan dicha estructura por explotadora, los conservadores la presentan como beneficiosa en términos generales, y lo hacen describiendo a la sociedad como una jerarquía de orden natural: una estructura de poder benefactora en la que cabe a la riqueza la responsabilidad tanto de la cohesión política como de la salud económica de la nación. Más aún, en su empeño por hacer que esta imagen de la jerarquía social natural parezca plausible, los conservadores han sabido sacar partido de cierta tensión o ambivalencia que se da dentro del liberalismo.

Dicha tensión nace del intento de los liberales de conciliar sus pretensiones de autogobierno con la necesidad de mantener la estabilidad política. El liberalismo floreció como oposición al poder arbitrario, ya fuera de un monarca o de la aristocracia. Pero, si bien los liberales querían liberar a los individuos de las garras de un gobierno opresor, nunca defendieron la anarquía: la total ausencia de ley y de gobierno. El juicio privado no constituía un venero de cohesión enteramente fiable puesto que las personas, algunas veces, perseguían sus intereses de

una forma antisocial. La solución liberal consistía en cambiar el poder arbitrario, las reglas de una elite aristocrática, por un marco impersonal de derechos y libertades formalmente iguales: la norma de la ley que Locke defendía en su obra *Dos tratados sobre el gobierno* con estos términos: «La libertad de los hombres bajo un gobierno significa tener una norma estable por la que regirse, común para todos los miembros de la sociedad, y dictada por el Poder Legislativo que en ella se fundamenta, libertad para seguir mi propia voluntad en todo aquello que la norma no dictamine, y no estar sujeto a la voluntad arbitraria, desconocida, inconstante, de otro hombre.» Los liberales confiaban en que, al abolir el gobierno arbitrario, todo el mundo sería moral y económicamente independiente, adquiriendo así los valores de ciudadanía de los que depende el orden de una política estable.

El problema fue que la orientación hacia un mercado libre no inculcó en todos los ciudadanos el mismo grado de autodisciplina. El juicio individual, dejado a su propio criterio, tenía tantas posibilidades de desembocar en una conducta arbitraria como aquellas pautas de autogobierno que los liberales tenían en tanta estima, razón por la cual propusieron distintas medidas políticas: medidas dirigidas concretamente a los pobres, con el propósito de persuadirles de que adquirieran los valores de prudencia y respeto mutuo que normalmente ostentaban las clases económicamente pudientes. Bentham, por ejemplo, comprendió la necesidad de un Estado administrativamente eficaz que dirigiera su atención a aquellas personas con menos posibilidades de adquirir hábitos y actitudes deseables si no se les ayudaba. De modo que él y otros liberales trataron de reemplazar el paternalismo aristocrático por técnicas de control social más impersonales y también más eficaces. Las medidas que tomaron los liberales como tentativas progresistas para elevar la condición de los pobres podrían, con un ligero desvío en el enfoque, verse como acciones tendentes a imponer la moderación y contención mediante un sistema de coacción política: una forma de mantener el orden social que perseguía controlar el orden político mediante nuevas técnicas de supervisión legal y dirección *administrativa*¹². La tensión entre el deseo de promover el autogobierno y la necesidad de preservar la estabilidad política es tal que algunos liberales, y especialmente Bent-

¹² Véanse diversos ensayos en A. P. Donajrodzki (ed.), *Social Control in Nineteenth-Century Britain*, Croom Helm, London, 1977. Charles F. Bahmueller, *The National Charity Company: Jeremy Bentham's Silent Revolution*, University of California Press, Berkeley, 1982, p. 2, escribe sobre la propuesta de Bentham en el sentido de confinar a los menesterosos en talleres: «La reforma de la Ley de Pobres de Bentham estaba imbuida de una represión tan honda y extensiva, tan nociva para el espíritu, y era tan insensible hacia las libertades civiles o la sensibilidad emocional de aquellos cuya salud (tanto moral como física) y felicidad debía promover y proteger, que su carácter progresista administrativo se deslució en la comparación.»

ham, parecían obsesionados por conseguir un conformismo social más que por acrecentar la libertad individual.

Una parte de la atracción del conservadurismo a través de los siglos se deriva del hecho de que sus adalides han rechazado como una esperanza piadosa el ideal liberal de una comunidad de ciudadanos que se autogobernarán. Los conservadores proponen, por el contrario, que se debería otorgar a los económicamente pudientes la suficiente autoridad coactiva para mantener una sociedad estable. Una tendencia que persiste en los conservadores, desde Edmund Burke a Margaret Thatcher, ha sido la de situar al mercado capitalista dentro de la imagen más tradicional de la jerarquía social organizada, en la que se disciplina a los pobres mediante un sistema adecuado de ley y orden. El efecto, que se analiza en el siguiente capítulo, ha sido doble: el sistema conservador no sólo ha dado muestras de ser una ideología más atractiva que el liberalismo, para las clases acomodadas, sino que ha desplegado una rica imaginería que, incluso en una época democrática, convence a mucha gente comente de que la versión conservadora de la realidad social es más plausible e indiscutible.

BIBLIOGRAFÍA

Entre las obras de carácter general sobre liberalismo, E. K. Bramsted y K. J. Melhuish (eds.), *Western Liberalism: A History in Documents from Locke to Croce*, Longman, London, 1978 [ed. esp., *El liberalismo en Occidente*, 3 vols., Unión Editorial, Madrid, 1983], ofrece ochocientas páginas de textos y comentarios bien fundamentados, así como resúmenes biográficos muy útiles de los principiantes pensadores liberales. Guido Ruggiero, *The History of European Liberalism*, Oxford University Press, London, 1927, sigue siendo una obra valiosa aunque difícil de obtener. D. J. Manning, *Liberalism*, Dent, London, 1976, es más bien un tanto peculiar y ha de leerse con cautela.

C. B. Macpherson estudia muchos aspectos del liberalismo inglés, desde una óptica marxista, en tres libros muy estimulantes: *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford University Press, Oxford, 1968, que incluye un informe sobre los niveladores bastante sugestivo, aunque contencioso; *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Clarendon Press, Oxford, 1973, que abarca cuestiones como los derechos naturales, la distinción que hace Isaiah Berlin entre libertad positiva y libertad negativa, la diferencia entre liberalismo clásico y moderno, así como las teorías liberales sobre la democracia; y *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford University Press, Oxford, 1977, que destaca tres modelos de democracia basados en textos liberales, y se muestra especialmente conciso sobre las diferencias entre Bentham y J. S. Mill.

Se encuentran buenos estudios sobre el liberalismo en tres obras de carácter más general: John Dunn, *Western Political Theory in the Face of the Future*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979, cap. 2; Andrew Gamble, *An introduction to Modern Social and Political Thought*, Macmillan, London, 1981, caps. 2, 3 y 6; Sheldon Wolin, *Politics and Vision: Continuity and Innovation in Western Political Thought*, George Allen and Unwin, London, 1961, cap. 9.

Entre otros estudios de carácter más analítico sobre los conceptos y cuestiones centrales del liberalismo, Steven Lukes, *Individualism*, Basil Blackwell, London, 1973 [ed. esp., *El individualismo*, Eds. 62, Barcelona, 1975], ofrece un bosquejo breve e interesante de los distintos significados del término «individualismo», así como comentarios atinados sobre las tentativas liberales de conciliar las nociones de libertad e igualdad. También son de utilidad: Maurice Cranston, *Freedom: A New Analysis*, Longman, London, 1967; Ralf Dahrendorf, *The New Liberty: Survival and Justice in a Changing World*, Routledge & Kegan Paul, 1975 [ed. esp., *El nuevo liberalismo*, Tecnos, Madrid, 1982]; Ronald Dworkin, «Liberalism», en Stuart Hampshire (ed.), *Public and Private Morality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982; Benjamin Gibbs, *Freedom and Liberation*, Sussex University Press, Hassocks, 1976; Amy Gutmann, *Liberal Equality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980; Alan Ryan (ed.), *The Idea of Freedom: Essays in Honour of Isaiah Berlin*, Oxford University Press, Oxford, 1979. R. P. Wolff, *The Poverty of Liberalism*, Beacon Press, Boston, 1968, aunque equivocado, es interesante.

John Rawls, *A Theory of Justice*, Oxford University Press, Oxford, 1973 [ed. esp., *Teoría de la justicia*, FCE, México, 1979], es un intento brillante de delinear los principios de una sociedad justa ampliando el tipo de argumentos que utilizaron Locke y otros liberales de la primera época.

EDICIONES CRÍTICAS

Muchos de los principales textos de los autores que hemos considerado en este capítulo pueden hallarse en ediciones modernas y asequibles, muy a menudo acompañados de introducciones muy útiles. He aquí una selección de ellos.

Tom Paine, *Common Sense*, ed. Isaac Kramnick, Penguin, Harmondsworth, 1976 [Ed. esp., *El sentido común y otros escritos*, Tecnos, Madrid, 1990.1. Tom Paine, *The Rights of Man*, ed. Henry Collinson, Penguin, Harmondsworth, 1969 [Ed. esp., *Derechos del hombre*, Alianza, Madrid, 1984.1.

Se han editado distintos textos seleccionados sobre los niveladores: G. E. Aylmer, *The Levellers and the English Revolution*, Thames and Hudson, London, 1975; A. L. Morton, *Freedom in Arms: A Selection of Leveller Writings*, Lawrence and Wishart, London, 1975; A. S. P. Woodhouse, *Puritanism and Liberty*, Dent, London, 1974.

John Locke, *Two Treatises of Government*, Dent, London, 1975; John Locke, *Second Treatise of Government and A Letter Concerning Toleration*, ed. J. W. Gough, Basil Blackwell, Oxford, 1966.

Adam Smith, *The Wealth of Nations: Books I-III*, ed. Andrew Skinner, Penguin, Harmondsworth, 1979 [ed. esp., *La riqueza de las naciones*, 3 vols., 3.ª ed., Orbis, Barcelona, 1985]; T. R. Malthus, *An Essay of the Principle of Population*, ed. A. Flew, Penguin, Harmondsworth, 1970 [ed. esp. *Ensayo sobre el principio de la población*, Akal, Madrid, 1990].

Bhikhu Parekh (ed.), *Bentham's Political Thought*, Croom Helm, London, 1973; Jeremy Bentham, *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, ed. J. H. Burns, Methuen, London, 1982; James Mill, *An Essay on Government*, ed. C. V. Shields, Library of Liberal Arts, New York, 1955.

Geraint Williams (ed.), *John Stuart Mill on Politics and Society*, Fontana, London, 1976; J. S. Mill, *Three Essays on Liberty, Representative Government, The Subjection of Women*, ed. Richard Wollheim, Oxford University Press, Oxford, 1975; J. S. Mill, *On Liberty*, ed. Gertrude Himmelfarb, Penguin, Harmondsworth, 1974; J. S. Mill, *Utilitarianism, Liberty, and Representative Government*, ed. A.D. Lindsay, Dent, Every-

nman's Library, London, 1972; J. S. Mill, *Essays on Politics and Culture*, ed. Gertrude Himmelfarb, Anchor, New York, 1963; J. S. Mill, *Principles of Political Economy*, ed. Donald Winch, Penguin, Harmondsworth, 1970 [Eds. esp.: *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 1985; *Sobre la libertad*, 6.ª ed., Alianza, Madrid, 1988; *El utilitarismo*, Alianza, Madrid, 1984.]

L. T. Hobhouse, *Liberalism*, ed. A. P. Grimes, Oxford University Press, New York, pb. 1964.

J. M. Keynes, *General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, London, 1963. [Ed. esp., *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, 12.ª ed., FCE, México, 1980.]

COMENTARIOS

Entre los estudios sobre autores y temas concretos, dos buenos libros que se centran en el contexto en el que escribieron Paine y otros radicales del siglo XVIII son: E. Foner, *Tom Paine and Revolutionary America*, Oxford University Press, New York, 1977, y Albert Goodwin, *The Friends of Liberty: The English Democratic Movement in the Age of the French Revolution*, Hutchinson, London, 1979. H. T. Dickinson, *Liberty and Property: Political Ideology in Eighteenth-Century Britain*, Methuen, London, 1979, ofrece una exposición útil sobre las ideas de los liberales radicales, así como sobre el pensamiento de los *whigs* tradicionales.

El estudio más detallado sobre los niveladores se debe a H. N. Brailsford, *The Levellers and the English Revolution*, ed. Christopher Hill, Spokesman Books, Nottingham, 1976. Brian Manning, *The English People and the English Revolution*, Penguin, Harmondsworth, 1975, es un relato muy interesante acerca de los niveladores y, también, de pensadores todavía más radicales de aquel período.

Entre los numerosos libros que tratan de Locke, Geraint Parry, *John Locke*, George Allen and Unwin, London, 1978, es uno de los más esclarecedores y competentes.

Una interpretación original sobre Smith es la de Donald Winch, *Adam Smith's Politics: An Essay in Historiographic Revisionism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

Una buena exposición de las propuestas de Malthus, Bentham y otros liberales clásicos para tratar el tema de la pobreza es la de J. R. Poynter, *Society and Pauperism: English Ideas on Poor Relief*, Routledge & Kegan Paul, London, 1969. El estudio clásico sobre el utilitarismo de Bentham se debe a E. Halevy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, Faber, London, 1972. Véanse también: James Steintrager, *Bentham*, George Allen and Unwin, London, 1977; David Roberts, «The utilitarian conscience», en Peter Marsh (ed.), *The Conscience of the Victorian State*, Sussex University Press, Hassocks, 1979.

Entre las mejores obras sobre Mill figuran R. J. Halliday, *John Stuart Mill*, George Allen and Unwin, London, 1976, y Alan Ryan, *J. S. Mill*, Routledge & Kegan Paul, London, 1975.

El contexto en que escribió T. H. Green se analiza en un excelente estudio debido a Melvin Ritcher, *The Politics of Conscience: T. H. Green and His Age*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1964.

El nuevo liberalismo constituye el tema de varios estudios recientes: John Allett, *New Liberalism: The Political Economy of J. A. Hobson*, Toronto University Press, Toronto, 1982; Peter Clarke, *Liberals and Social Democrats*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978; Stefan Collini, *Liberalism and Sociology: L. T. Hobhouse and Political Argument in England 1880-1914*, Cambridge University Press, Cambrid-

ge, 1979; R. N. Soffer, *Ethics and Society in England: The Revolution in the Social Sciences 1870-1914*, Berkeley University of California Press, Los Angeles, 1978. Véase asimismo el interesante apartado sobre el tema en Rodney Barker, *Political Ideas in Modern Britain*, Methuen, London, 1978.

Hay exposiciones muy útiles sobre los supuestos keynesianos en: Fred Hirsch, *Social Limits to Growth*, Routledge & Kegan Paul, London, 1978; Andrew Gamble, *Britain in Decline: Economic Policy, Political Strategy and the British State*, Macmillan, London, 1981; Donald Winch, *Economics and Policy: A Historical Survey*, Fontana, London, 1972. Vic George y Paul Wilding perfilan las actitudes de Keynes y Beveridge referentes al bienestar social en *Ideology and Social Welfare*, Routledge & Kegan Paul, London, 1976. Ver también Jose Harris, *William Beveridge*, Clarendon Press, Oxford, 1977.